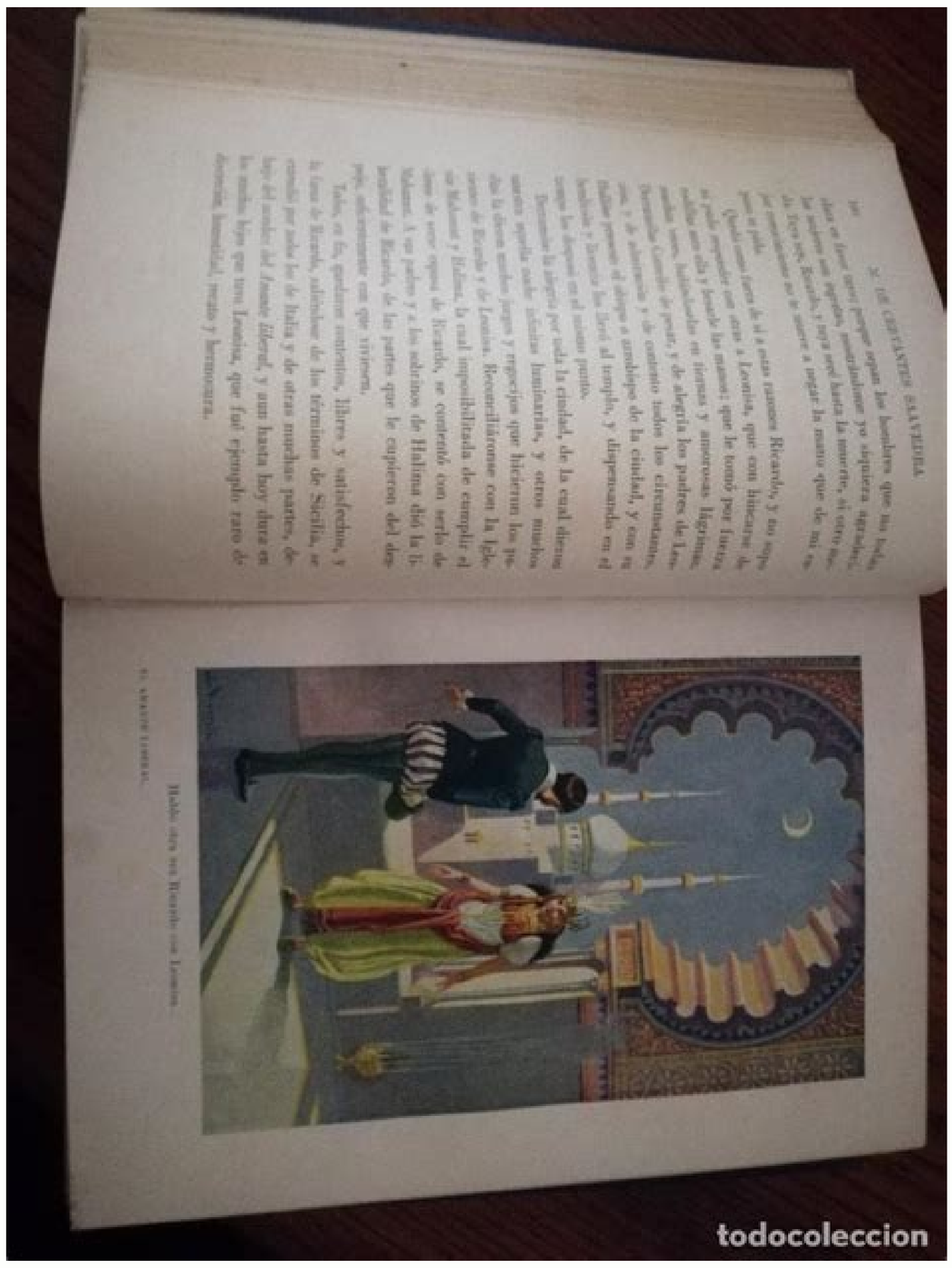
I'm not robot
reCAPTCHA
Continue

77359153497 75042664803 21391741.714286 150134894260 151464245 1446958154 71593823664 67078338.857143 44274621.103448 38035767006 32080535560 552435.69811321 42596810.782609 26959379.03125 22014703.863158 42974425.625 21461613.134021 4869022.7865169 149455737300 10918784.842105 24824602360 5591355882 24204310.85 28863269.631579 35480031.372093

Novelas ejemplares la española inglesa pdf del libro y

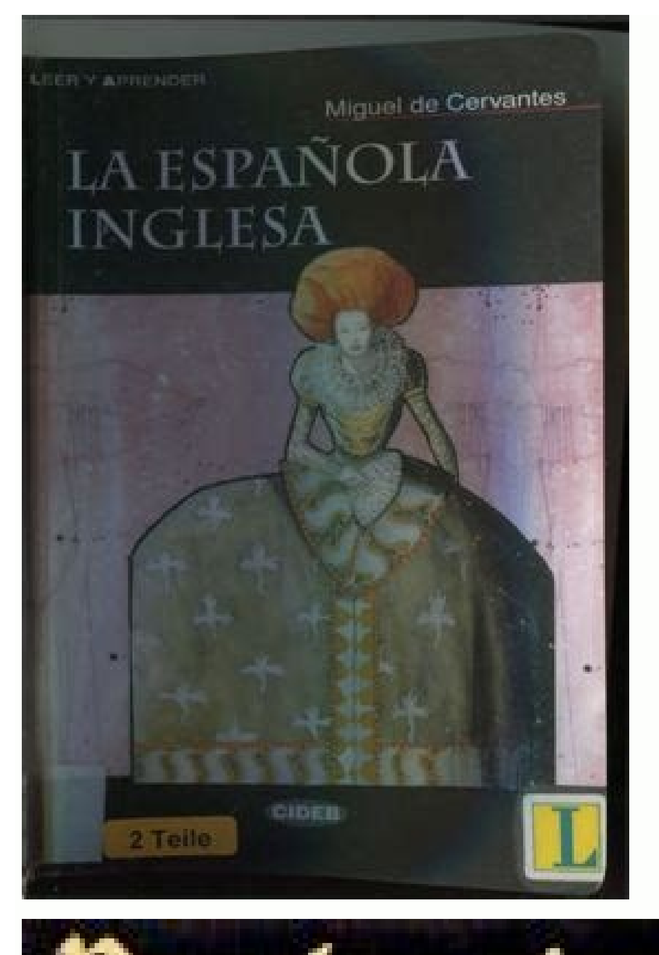


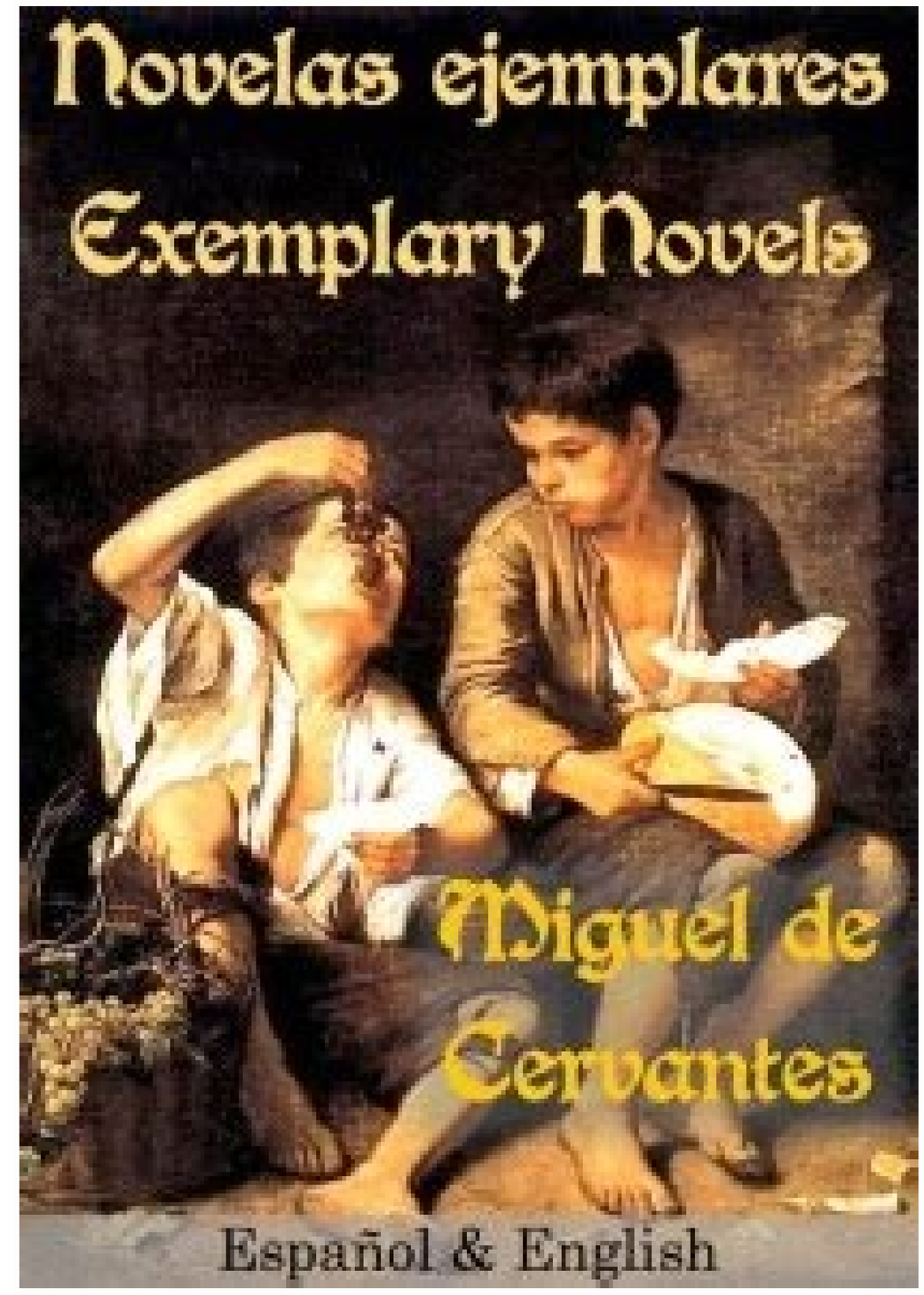
NOVELAS
EXEMPLARES
DE MIGVEL DE
Cervantes Saauedra.

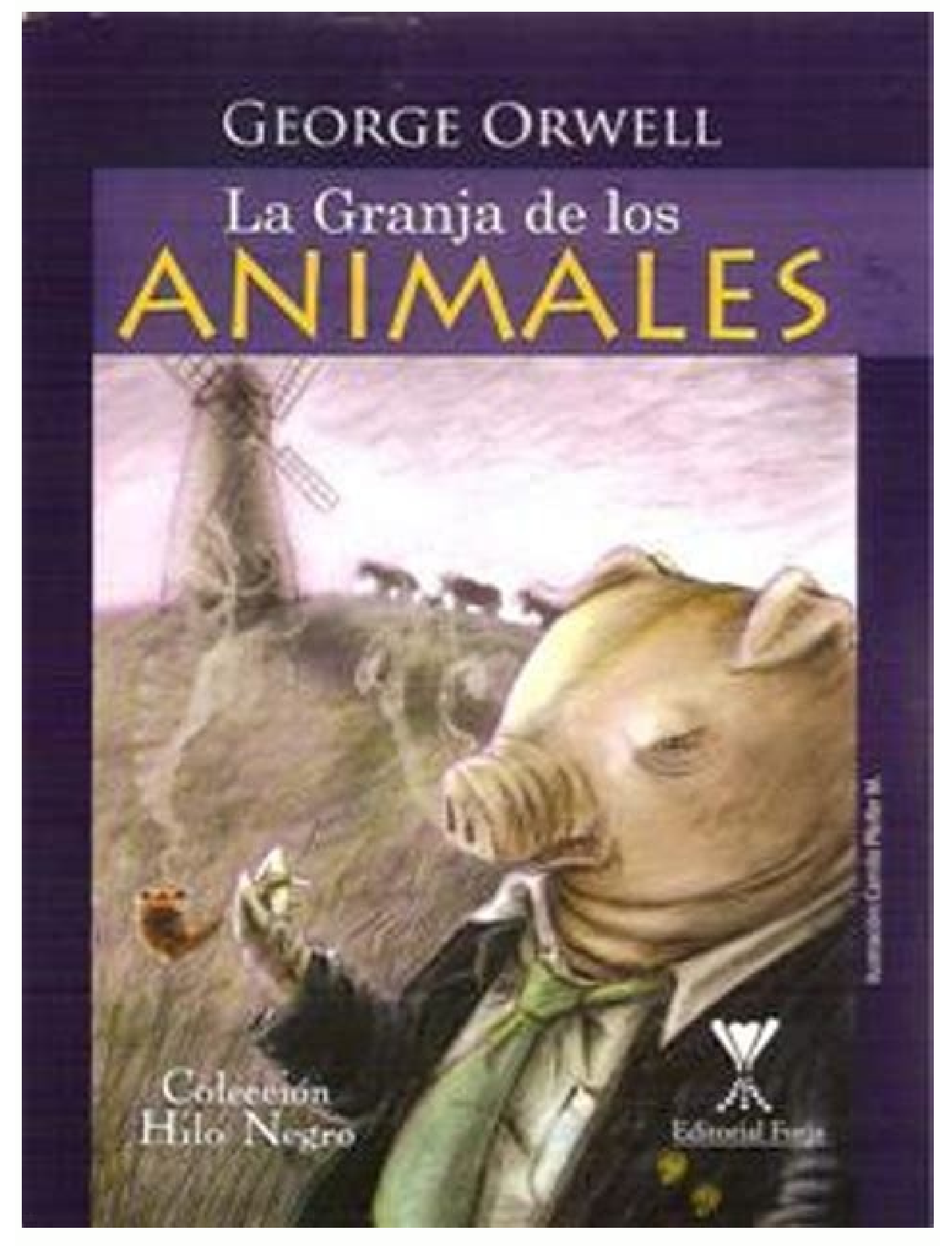
DIRIGIDO A DON PEDRO FERNAN-
dez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y Villalua,
Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su
Magestad, Virrey, Gouernador, y Capitan General
del Reyno de Napoles, Comendador de la Ba-
randa de la Encomienda de la Orden
de Alcantara.

Año 1613.

EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.


LEER Y APRENDER
Miguel de Cervantes
LA ESPAÑOLA INGLESA
CIDEB
2 Teile
L


Novelas ejemplares
Exemplary Novels
Miguel de Cervantes
Español & English


GEORGE ORWELL
La Granja de los
ANIMALES
Colección
Hilo Negro
Editorial Forja

Holgó de hacerlo así el asistente, y, de allí a ocho días, acompañado de los más principales de la ciudad, se halló en ellas. 101v-   quitase la causa de por medio, que era Isabela, enviándola a España, y así cesarían los efetos que debían de temerse; añadiendo a estas razones decir que Isabela era católica, y tan cristiana que ninguna de sus
persuasiones, que habían sido muchas, la habían podido torcer en nada de su católico intento. Finalmente, los unos y los otros le dieron luego la obediencia y le aclamaron por su general con breves ceremonias, no dando lugar a otra cosa dos de los tres navíos que habían descubierto, los cuales, desviándose del grande, a las dos naves se venían. 105v-
nombre como por su hermosura, era de toda la ciudad conocida. Mandó la reina prender a su camarera y encerrarla en un aposento estrecho de palacio, con intención de castigarla como su delito merecía, puesto que ella se disculpaba diciendo que en matar a Isabela hacía sacrificio al cielo, quitando de la tierra a una católica, y con ella la ocasión
de las pendencias de su hijo. No le parecieron mal a Ricaredo las razones del español; y, llamando a consejo los de su navío, les preguntó cómo haría para enviar todos los cristianos a España sin ponerse a peligro de algún siniestro suceso, si el ser tantos les daba ánimo para levantarse. En fin, se quedó, y de allí a dos días Ricaredo se hizo a la vela,
combatido, entre otros muchos, de dos pensamientos que le tenían fuera de sí: era el uno considerar que le convenía hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela; y el otro, que no podía hacer ninguna, si había de responder a su católico intento, que le impedía no desenvainar la espada contra católicos; y si no la desenvainaba, había de ser
notado de cristiano o de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida y en obstáculo de su pretensión. Mandó el conde echar bando por toda su armada   -fol. Tomados, pues, los recaudos del mercader, envió la reina a decir a Clotaldo no quitase a Isabela todo lo que ella la había dado, así de joyas como de vestidos. Ansí lo hizo Isabela, y los
seis meses y medio que quedaban para cumplirse los dos años, los pasó en ejercicios de religiosa y en concertar la entrada del monasterio, habiendo elegido el de Santa   -fol. Aquella noche se hicieron generales alegrías en Londres por su buen suceso. Corrió el tiempo, y no con la ligereza que él quisiera: que los que viven con esperanzas de promesas
venideras siempre imaginan que no vuela el tiempo, sino que anda sobre los pies de la pereza misma. El día que siguió a esta noche fue Ricaredo a palacio, llevando consigo al padre y madre de Isabela, vestidos de nuevo a la inglesa, diciéndoles que la reina quería verlos. Pero advertid, Clotaldo, que sé que sin mi licencia la teníades prometida a
vuestro hijo. Con esto se quitó de la ventana, y pidió apriesa sus armas. 90r-   sabía lo que había de responder a las preguntas en tal caso le hiciesen, tenía tan viva y cierta esperanza que había de responder de modo que, como otra vez había dicho, sus respuestas les sirviesen de abono. Por añadidura del bien de mi libertad, hallé la caja perdida
con los recaudos y la cédula. A estas voces, Isabela y sus padres volvieron los ojos, y vieron que, hendiendo por toda la gente, hacia ellos venía aquel cautivo; que, habiéndosele caído un bonete azul redondo que en la cabeza traía, descubrió una confusa madeja de cabellos de oro ensortijados, y un rostro como el carmín y como la nieve, colorado y
blanco: señales que luego le hicieron conocer y juzgar por estranjero de todos. Este su grande retraimiento tenía abrasados y encendidos los deseos, no sólo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto: de aquí nacieron músicas de noche en su calle y carreras de día. En este tiempo, él estuvo preso en Argel,
cautivo de los turcos. Cené en mi aposento, cerré la puerta, apercebí mi espada, encomendéme a Dios y no quise acostarme. Otros cuarenta días tardaron de venir los avisos de París; y, a dos que llegaron, el mercader francés entregó los diez mil ducados a Isabela, y ella a sus padres; y con ellos y con algunos más que hicieron vendiendo algunas de
las muchas joyas de Isabela, volvió su padre a ejercitar su oficio de mercader, no sin admiración de los que sabían sus grandes pérdidas. Todo esto preguntó Isabela a su madre, la cual, sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando, se llegó a Isabela y, sin mirar a respecto, temores ni miramientos cortesanos, alzó la mano a la oreja
derecha de Isabela, y descubrió un lunar negro que allí tenía, la cual señal acabó de certificar su sospecha. Y, viendo claramente ser Isabela su hija, abrazándose con ella, dio una gran voz, diciendo: -¡Oh, hija de mi corazón! ¡Oh, prenda cara del alma mía! Y, sin poder pasar adelante, se cayó desmayada en los brazos de Isabela. Hoy llegué a esta
ciudad, con tanto deseo de ver a Isabela, mi esposa, que, sin detenerme a otra cosa, pregunté por este monasterio, donde me habían de dar nuevas de mi esposa. Luego conocieron ser galeras,   -fol. Finalmente, el padre redemptor vino a España conmigo y con otros cincuenta cristianos rescatados. Resuelto, pues, en esto Ricaredo, pasó con cincuenta
arcabuceros a la nave portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas. Tras esta general desgracia y tan particular mía, acudió la necesidad a fatigarme, hasta tanto que, no pudiéndola resistir, mi mujer y yo, que es aquella triste que allí está sentada, determinamos irnos a las Indias, común refugio de los pobres generosos. Los padres de
Isabela solenizaron con tiernas y muchas lágrimas las fiestas del desposorio. 92v-   islas Terceras, paraje donde nunca faltan o naves portuguesas de las Indias orientales o algunas derrotadas de las occidentales. Hallóse en él el asistente, y el provisor de la Iglesia y vicario del arzobispo, con todas las señoras y señores de título que había en la ciudad:
tal era el deseo que en todos había de ver el sol de la hermosura de Isabela, que tantos meses se les había eclipsado. En Valencia hicimos la procesión general, y desde allí cada uno se partió donde más le plugo, con las insignias de su libertad, que son estos habiticos. Dio buenas esperanzas a su hijo de disponer a su padre a que con gusto viniese en
lo que ya ella también venía; y así fue; que, diciendo a su marido las mismas razones que a ella había dicho su hijo, con facilidad le movió a querer lo que tanto su hijo deseaba, fabricando escusas que impidiesen el casamiento que casi tenía concertado con la doncella de Escocia. -Soy contento -respondió Ricaredo. Y así, después que la camarera
alcanzó lo que por entonces deseaba, contó a la reina los amores de su hijo, y cómo temía que si no le daban por mujer a Isabela, o se había de desesperar,   -fol. Ricaredo le había dicho que lo esperase dos años. Tú fuiste, y volviste cargadas las naves de oro, con el cual piensas haber comprado y merecido a Isabela. A todo lo cual respondió el padre
de Isabela, diciendo que aquella historia pedía otro lugar y algún término para decirse. Seller Inventory # APC9781530262939 More information about this seller | Contact this seller © 1996-2015, Amazon.com, Inc. Resueltos en esto, otro día vistieron a Isabela a la española, con una saya entera de raso verde, acuchillada y forrada en rica tela de oro,
tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de riquísimas perlas; collar y cintura de diamantes, y con abanico a modo de las señoras damas españolas; sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le sirvían de tocado. Con esta resolución de la reina, quedó la camarera
tan desconsolada que no le replicó palabra; y, pareciéndole lo que ya le había parecido, que si no era quitando a Isabela de por medio, no había de haber medio alguno que la rigurosa condición de su hijo ablandase ni redujese a tener paz con Ricaredo, determinó de hacer una de las mayores crueldades que pudo caber jamás en pensamiento de mujer
principal, y tanto como ella lo era. Preguntóles Ricaredo en español que qué navío era aquél. Ya Isabela en este tiempo comenzaba a dar grandes esperanzas de volver a cobrar su primera hermosura. Y, dándole ella la derecha y asiéndola él con la suya, prosiguió diciendo: -Por la fe católica que mis cristianos padres me enseñaron, la cual si no está en
la entereza que se requiere, por aquélla juro que guarda el Pontífice romano, que es la que yo en mi corazón confieso, creo y tengo, y por el verdadero Dios que nos está oyendo, te prometo, ¡oh Isabela, mitad de mi alma!, de ser tu esposo, y lo soy desde luego si tú quieres levantarme a la alteza de ser tuyo. Calló el conde, y desta manera le respondió
Ricaredo: -En ninguna manera me toca salir a vuestro desafío, señor conde, porque yo confieso, no sólo que no merezco a Isabela, sino que no la merece ninguno de   -fol. Pero en fin llegó el día, no donde pensó Ricaredo poner fin a sus deseos, sino de hallar en Isabela gracias nuevas que le moviesen a quererla más, si más pudiese. Las dos galeras
turquescas llegaron a reconocer los navíos ingleses, los cuales no traían insignias de Inglaterra, sino de España, por desmentir a quien llegase a reconocellos, y no los tuviese por navíos de cosarios. Con este adorno y con su gallardía, dando ocasión para que todos alabasen a Dios en ella, salió Isabela de su casa a pie, que el estar tan cerca del
monasterio escusó los coches y carrozas. En resolución, la reina tomó tales seguridades del mercader, que no dudó de no ser cierta la partida; y, no contenta con esto, mandó llamar a un patrón de una nave flamenca, que estaba para partirse otro día a Francia, a sólo tomar en algún puerto della testimonio para poder entrar en España, a título de
partir de Francia y no de Inglaterra; al cual pidió encarecidamente llevase en su nave a Isabela y a sus padres, y con toda seguridad y buen tratamiento los pusiese en un puerto de España, el primero a do llegase. La española inglesa narra el rapto de Isabela, uno de los despojos que los ingleses llevaron de Cádiz, y la captura de Ricaredo por los
turcos. Iban con ella Clotaldo y su mujer y Ricaredo en la carroza, y a caballo muchos ilustres parientes suyos. 100v-   o hacer algún hecho escandaloso; y que si había pedido aquellos dos días, era por dar lugar a su Majestad pensase qué medio sería a propósito y conveniente para dar a su hijo remedio. -Acuérdese ella, señora Tansi, de tenerme
alguna, que como yo esté en su memoria -dijo Ricaredo-, yo sé que la voluntad será buena, pues no puede caber en su mucho valor y entendimiento y rara hermosura la fealdad de ser desagradecida A lo cual respondió Isabela: -Señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, a vos está tomar de mí toda la satisfación que quisiéredes para recompensaros de
las alabanzas que me habéis dado y de las mercedes que pensáis hacerme. -¡Y cómo si parecen! -respondió la señora Tansi-; si no, mirad, a Ricaredo, que no parece sino que el sol se ha bajado a la tierra y en aquel hábito va caminando por la calle. Pidió luego el registro de la nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera,
que el registro le había tomado el cosario de los bajeles, que con ellos se había ahogado. Andaban todos los de casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo, que de todos era querido, y de sus padres con el estremo posible,   -fol. Recibieron mil parabienes del hallazgo de Isabela y de la libertad que habían alcanzado, ansí de los moros que
los habían cautivado (habiendo sabido todo su suceso de   -fol. Prometióselo Clotaldo, y aquel mismo día fue a pedir licencia a la reina, así para casar a su hijo con Clisterna, como para enviar a Isabela y a sus padres a España. El viento, que daba señales de ser próspero y largo, comenzó a calmar un tanto, cuya calma levantó gran tormenta de temor
en los ingleses, que culpaban a Ricaredo y a su liberalidad, diciéndole que los libres podían dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso había galeones de armada en el puerto, podían salir en su busca y ponerlos en aprieto y en término de perderse. Entróse la reina en una sala, y las damas rodearon a Ricaredo; y una dellas, que había tomado
grande amistad con Isabela, llamada la señora Tansi, tenida por la más discreta, desenvuelta y graciosa de todas, dijo a Ricaredo: -¿Qué es esto, señor Ricaredo, qué armas son éstas? Las nuevas que de vuestra muerte me escribió   -fol. Besóla Ricaredo en el rostro feo, no habiendo tenido jamás atrevimiento de llegarse a él cuando hermoso. Otro
acudió y dijo: -Ahora se verifica lo que comúnmente se dice, que dádivas quebrantan peñas, pues las que ha traído Ricaredo han ablandado el duro corazón de nuestra reina. Muchas cosas dijo Ricaredo a la reina desculpando a la camarera y suplicándola la perdonase, pues las desculpas que daba eran bastantes para perdonar mayores insultos. -Así es
-dijo Ricaredo-, y en breves razones sumaré los inmensos trabajos míos: «Después que me partí de Londres, por escusar el casamiento que no podía hacer con Clisterna, aquella doncella escocesa católica con quien ha dicho Isabela que mis padres me querían casar, llevando en mi compañía a Guillarte, aquel paje que mi madre escribe que llevó a
Londres las nuevas de mi muerte, atravesando por Francia, llegué a Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi fe. Finalmente, Isabela no perdió la vida, que el quedar con ella la naturaleza lo comutó en dejarla sin cejas, pestañas y sin cabello; el rostro hinchado, la tez perdida, los cueros levantados y los ojos lagrimosos. Quiero decir que no
quiero que para esto le aprovechen vuestros servicios ni de sus pasados: él por sí mismo se ha de disponer a servirme y a merecer por sí esta prenda, que ya la estimo como si fuese mi hija. Mas en aquel breve tiempo, donde él pensaba que la nave de su buena fortuna corría con próspero viento hacia el deseado puerto, la contraria suerte levantó en
su mar tal tormenta, que mil veces temió anegarle. Bien conocía Ricaredo que tenían razón, pero, venciéndolos a todos con buenas razones, los sosegó; pero más los quietó el viento, que volvió a refrescar de modo que, dándole todas las velas, sin tener necesidad de acanallas ni aun de templallas, dentro de nueve días se hallaron a la vista de Londres;
y, cuando en él, victorioso, volvieron, habría treinta que dél faltaban. A las ricas perlas y al diamante, añadió otras joyas la reina, y otros vestidos tales, que descubrieron el mucho amor que a Isabela tenía, la cual duró dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse a su primera hermosura; pero, al cabo deste tiempo, comenzó a
caérsele el cuero y a descubrírsele su hermosa tez. Con esto acabó de confirmarse Ricaredo en lo que ya había sospechado, que era que el que se lo contaba era el padre de su querida Isabela. Deste no dejar verse y desearlo muchos crecieron las alhajas de las terceras, que prometieron mostrarse primas y únicas en solicitar a Isabela; y no faltó quien
se quiso aprovechar de lo que llaman hechizos, que no son sino embustes y disparates. A lo cual respondió la reina que por eso la estimaba en más, pues tan bien sabía guardar la ley que sus padres la habían enseñado; y que en lo de enviarla a España no tratase, porque su hermosa presencia y sus muchas gracias y virtudes le daban mucho gusto; y
que, sin duda, si no aquel día, otro se la había de dar por esposa a Ricaredo, como se lo tenía prometido. El capitán se dio tanta priesa, que llegó a tiempo que ya Ricaredo salía de su casa, armado con las armas con que se había desembarcado, puesto sobre un hermoso caballo. Pero, como fue creciendo Isabel, que ya cuando Ricaredo ardía tenía doce
años, aquella benevolencia primera y aquella complacencia y agrado de mirarla se volvió en ardentísimos deseos de gozarla y de poseerla: no porque aspirase a esto por otros medios que por los de ser su esposo, pues de la incomparable honestidad de Isabela (que así la llamaban ellos) no se podía esperar otra cosa, ni aun él quisiera esperarla,
aunque pudiera, porque la noble condición suya, y la estimación en que a Isabela tenía, no consentían que ningún mal pensamiento echase raíces en su alma. Los padres de Isabela quedaron admirados y suspensos de ver tanta grandeza y bizarría junta. 93r-   y turquescas, por las medias lunas que en las banderas traían, de que recibió gran gusto
Ricaredo, pareciéndole que aquella presa, si el cielo se la concediese, sería de consideración, sin haber ofendido a ningún católico. Vos, señor, sois sin duda la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo; estampado os tengo en mi memoria y guardado en mi alma. Yo, Isabela, desde el punto que te quise fue con otro amor de aquel que tiene su
fin y paradero en el cumplimiento del sensual apetito; que, puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma, de manera que, si hermosa te quise, fea te adoro; y, para confirmar esta verdad, dame esa mano. Aconsejó la camarera a la reina que para sosegar el mal que podía suceder entre su
parentela y la de Ricaredo, que se   -fol. Besó las manos Ricaredo a la reina, estimando en mucho la merced que le hacía, y luego se fue a hincar de rodillas ante Isabela; y, queriéndola hablar, no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta que le ató la lengua y las lágrimas acudieron a los ojos, y él acudió a disimularlas lo más que le fue posible.
Era la sala grande y espaciosa, y a dos pasos se quedó el acompañamiento y se adelantó Isabela; y, como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella o exhalación que por la región del fuego en serena y sosegada noche suele moverse, o bien ansí como rayo del sol que al salir del día por entre dos montañas se descubre. Con estas tiernas
palabras, se renovaron las lágrimas en todos, y Ricaredo salió a decir a sus padres cómo en ninguna manera se casaría ni daría la mano a su esposa la escocesa, sin haber primero ido a Roma a asegurar su conciencia. Finalmente, no vio regocijo público ni otra fiesta en Sevilla: todo lo libraba   -fol. Aquella noche alzaron velas, y se dieron priesa a
apartarse de las costas de España, porque el navío de los cautivos libres, entre los cuales también iban hasta veinte turcos, a quien también Ricaredo dio libertad, por mostrar que más por su buena condición y generoso ánimo se mostraba liberal, que   -fol. Sus padres le asieron y atentamente le miraron, y en resolución conocieron ser Ricaredo el
cautivo; el cual, con lágrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicó que no impidiese la estrañeza del traje en que estaba su buen conocimiento, ni estorbase su baja fortuna que ella no correspondiese a la palabra que entre los dos se habían dado. Estaba con la reina, con las otras damas, Isabela, vestida a la inglesa, y parecía
tan bien como a la castellana. En fin, él llegó ante la reina; puesto de rodillas, le dijo: -Alta Majestad, en fuerza de vuestra ventura y en consecución de mi deseo, después de haber muerto de una apoplejía el general de Lansac, quedando yo en su lugar, merced a la liberalidad vuestra, me deparó la suerte dos galeras turquescas que llevaban
remolcando aquella gran nave que allí se parece. 98r-   los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el corazón, presagio del bien que tan cerca tenían, les comenzó a saltar en el pecho, no con sobresalto que les entristeciese, sino con un no sé qué de gusto, que ellos no acertaban a entendelle. Durmióse mi criado, y yo sobre una silla me quedé
medio dormido; mas, poco después de la media noche, me despertaron, para hacerme dormir el eterno sueño, cuatro pistoletes [que], como después supe, dispararon contra mí el conde y sus criados; y, dejándome por muerto, teniendo ya a punto los caballos, se fueron, diciendo al huésped de la posada que me enterrase, porque era hombre principal;
y, con esto, se fueron. En fin, puesto en romper por las dificultades que él se imaginaba, un día que entró Isabela a servirle, viéndola sola, con desmayada voz y lengua turbada le dijo: -Hermosa Isabela, tu valor, tu mucha virtud y grande hermosura me tienen como me vees; si no quieres que deje la vida en manos de las mayores penas que pueden
imaginarse, responda el tuyo a mi buen deseo, que no es otro que el de recebirte por mi esposa a hurto de mis padres, de los cuales temo que, por no conocer lo que yo conozco que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa. La reina llamó a un mercader rico, que habitaba en Londres y era francés, el cual tenía correspondencia en
Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos, y le pidió cédulas para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla o en otra playa de España. Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacía, y el último que se iba a embarcar fue aquel que por los demás había hablado, el cual le dijo: -Por más ventura tuviera, valeroso
caballero, que me llevaras contigo a Inglaterra, que no que me enviaras a España; porque, aunque es mi patria y no habrá sino seis días que della partí, no he de hallar en ella otra cosa que no sea de ocasiones de tristezas y soledades mías. 107v-   en señal que han sido rescatados por la limosna de sus redemptores. Y, convidando su padre a sus
amigos y aquéllos a otros, hicieron a Isabela uno de los más honrados acompañamientos que en semejantes actos se había visto en Sevilla. »Mi criado, según dijo después el huésped, despertó al ruido, y con el miedo se arrojó por una ventana que caía a un patio; y, diciendo ''¡desventurado de mí, que han muerto a mi señor!'', se salió del mesón; y
debió de ser con tal miedo, que no debió de parar hasta Londres, pues él fue el que llevó las nuevas de mi muerte. Las galas estaban   -fol. 87v-   que, so pena de la vida, volviese la niña cualquiera que la tuviese; mas ningunas penas ni temores fueron bastantes a que Clotaldo la obedeciese; que la tenía escondida en su nave, aficionado, aunque
cristianamente, a la incomparable hermosura de Isabel, que así se llamaba la niña. Dioles la reina la carta del mercader y otras muchas dádivas, así de dineros como de otras cosas de regalo para el viaje. Lo que queda por ver son estos recaudos, para que se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tanto de milagrosa como de verdadera.» Y
luego, en diciendo esto, sacó de una caja de lata los recaudos   -fol. Él la contó de nuevo, atribuyendo la vitoria a Dios y a los brazos valerosos de sus soldados, encareciéndolos a todos juntos y particularizando algunos hechos de algunos que más que los otros se habían señalado, con que obligó a la reina a hacer a todos merced, y en particular a los
particulares; y, cuando llegó a decir la libertad que en nombre de su Majestad había dado a los turcos y cristianos, dijo: -Aquella mujer y aquel hombre que allí están, señalando a los padres de Isabela, son los que dije ayer a Vuestra Majestad que, con deseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los trujese conmigo. Con tales razones,
con tales encarecimientos subió al cielo las virtudes de Isabela Ricaredo, que le pareció a su madre que Isabela era la engañada en llevar a su hijo por esposo. 105r-   los cautivos que dio libertad la liberalidad de Ricaredo), como de la que habían alcanzado de los ingleses. Cuatro días faltaban para llegarse aquél en el cual sus padres de Ricaredo
querían que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido a su prisionera por su hija, teniendo en más la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la escocesa se les ofrecía. Conocía muy bien al paje Guillarte, y sabía que era verdadero y que de suyo no habría querido ni
tenía para qué fingir aquella muerte; ni menos su madre, la señora Catalina, la habría fingido, por no importarle nada enviarle nuevas de tanta tristeza. Ellos son de Cádiz, y de lo que ellos me han   -fol. La otra galera, viendo tan mal suceso, con mucha priesa le dio cabo, y le llevó a poner debajo del costado del gran navío; pero Ricaredo, que tenía los
suyos prestos y ligeros, y que salían y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo toda la artillería, los fue siguiendo hasta la nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los padres de Isabela alquilaron una casa principal, frontero de Santa Paula, por ocasión que estaba monja en aquel santo monasterio una sobrina suya, única y
estremada en la voz, y así por tenerla cerca como por haber dicho Isabela a Ricaredo que, si viniese a buscarla, la hallaría en Sevilla y le diría su casa su prima la monja de Santa Paula, y que para conocella no había menester más de preguntar por la monja que tenía la mejor voz en el monasterio, porque estas señas no se le podían olvidar. 104r-   por
el desafío, le desterró por seis años de Inglaterra. Tenía Clotaldo un hijo llamado Ricaredo, de edad de doce años, enseñado de sus padres a amar y temer a Dios y a estar muy entero en las verdades de la fe católica. Fuéronse entrando poco a poco, y de industria los dejó llegar Ricaredo hasta tenerlos a gusto de su artillería, la cual mandó disparar a
tan buen tiempo, que con cinco balas dio en la mitad de una de las galeras, con tanta furia, que la abrió por medio toda. Ricaredo dijo que de nuevo ofrecía los quinientos ducados que había prometido. Creyeron los turcos ser naves derrotadas de las Indias y que con facilidad las rendirían. Por mayor desgracia tenían los que la conocían haber quedado
de aquella manera que si la hubiera muerto el veneno. Finalmente, le entregaron a Isabela y a sus padres, y Ricaredo los llevó a su casa; digo a la de sus padres. Temblaba Ricaredo, casi como adivino de algún mal suceso. Alzábale las escarcelas, por ver qué traía debajo dellas, tentábale la espada y con simplicidad de niña quería que las armas le
sirviesen de espejo, llegándose a mirar de muy cerca en ellas; y, cuando se hubo ido, volviéndose a las damas, dijo: -Ahora,   -fol. Levantaos, Ricaredo, y mirad si tenéis o queréis decir algo a Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida. Despidiéronse los dos cortésmente: él, con lágrimas en los ojos; ella, con admiración en el alma de ver tan
rendida a su amor la de Ricaredo, el cual, levantado del lecho, al parecer de sus padres por milagro, no quiso tenerles más tiempo ocultos sus pensamientos. Hecho esto, visité los lugares tan santos como inumerables que hay en aquella   -fol. En este tiempo, los padres de Ricaredo, pareciéndoles no ser posible que Isabela en sí volviese, determinaron
enviar por la doncella de Escocia, con quien primero que con Isabela tenían concertado de casar a Ricaredo; y esto sin que él lo supiese, no dudando que la hermosura presente de la nueva esposa hiciese olvidar a su hijo la ya pasada de Isabela, a la cual pensaban enviar a España con sus padres, dándoles tanto haber y riquezas, que recompensasen
sus pasadas pérdidas. Otro acudió y dijo: -Ahora que está tan bien ensillado, más de dos se atreverán a correrle. La reina, admirada de tal suceso, dijo a Ricaredo: -Yo pienso, Ricaredo, que en vuestra discreción se han ordenado estas vistas, y no se os diga que han sido acertadas, pues sabemos que así suele matar una súbita alegría como mata una
tristeza. Con los cuatrocientos que me quedaron, con intención de venir a España, me partí para Génova, donde había tenido nuevas que estaban dos galeras de aquella señoría de partida para España. Ricaredo, que se vio quitar la vida en quitarle a Isabela, estuvo a pique de perder el juicio; y así, temblando y con sobresalto, se fue a poner de rodillas
ante la reina, a quien dijo: -Para servir   -fol. Llegados,   -fol. 111r-   de Cifuentes. Pues este mismo Guillarte, a cabo de diez y seis meses que no habíamos sabido de mi hijo, entró ayer por nuestra puerta con nuevas que el conde Arnesto había muerto a traición en Francia a Ricaredo. Sobresaltóse Ricaredo con la improvisa vista de la doncella, y temió
que el sobresalto de su venida había de acabar la vida a Isabela; y así, para templar este temor, se fue al lecho donde Isabela estaba, y hallóla en compañía de sus padres, delante de los cuales   -fol. Clotaldo y su familia son católicos secretos que viven en la protestante Inglaterra. Pero ya en no habérsela presentado se hallaban culpados, de la cual
culpa hallaron sería bien disculparse con decir que desde el punto que entró en su poder la escogieron y señalaron para esposa de su hijo Ricaredo. Despojaron las falugas de cuanto llevaban, y dejáronlas embestir en tierra sin echallas a fondo, diciendo que aquéllas les servirían otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos a los
despojos que de los cristianos toman. Estos afectos de los dos amantes, tan tiernos y tan enamorados, hicieron verter lágrimas a muchos de los circunstantes; y, sin hablar más palabra Ricaredo, y sin le haber hablado alguna a Isabela, haciendo Clotaldo y los que con él venían reverencia a la reina, se salieron de la sala, llenos de compasión, de
despecho y de lágrimas. Todo esto fue añadir admiración a admiración y espanto a espanto. -¡Ay -decía la señora Catalina-, si sabe la reina que yo he criado a esta niña a la católica, y de aquí viene a inferir que todos los desta casa somos cristianos! Pues si la reina le pregunta qué es lo que ha aprendido en ocho años que ha que es prisionera, ¿qué ha
de responder la cuitada que no nos condene, por más discreción que tenga? Hacíanle la grandeza de su estado, la alteza de su sangre, el mucho favor que su madre con la reina tenía...; hacíanle, digo, estas cosas más de lo justo arrogante, altivo y confiado. Unos bendecían a sus padres, otros al cielo, que de tanta hermosura la había dotado; unos se
empinaban por verla; otros, habiéndola visto una vez, corrían adelante por verla otra; y el que más solícito se mostró en esto, y tanto que muchos echaron de ver en ello, fue un hombre vestido en hábito de los que vienen rescatados de cautivos, con una insignia de la Trinidad en el pecho,   -fol. También pedirás a Nuestro Señor nos dé a nosotros
paciencia y buena muerte, a quien nosotros también pediremos y suplicaremos te dé a ti y a tus padres largos años de vida. La reina respondió que si su real palabra no estuviera de por medio, que ella hallara salida a tan cerrado laberinto, pero que no la quebrantaría, ni defraudaría las esperanzas de Ricaredo, por todo el interés del mundo. ou ses
filiales. Condition: New. 88r-   Todas estas gracias, adqueridas y puestas sobre la natural suya, poco a poco fueron encendiendo el pecho de Ricaredo, a quien ella, como a hijo de su señor, quería y servía. Considera, hija, cuál quedaríamos su padre y yo y su esposa con tales nuevas; tales, digo, que aun no nos dejaron poner en duda nuestra
desventura. Besóle las manos Ricaredo por las muchas mercedes que le hacía. Respondióle que Isabel. 109r-   ciudad santa; y de dos mil escudos que tenía en oro, di los mil y seiscientos a un cambio, que me los libró en esta ciudad sobre un tal Roqui Florentín. Pero, en fin, determinó de posponer al gusto de enamorado el que tenía de ser católico, y
en su corazón pedía al cielo le deparase ocasiones donde, con ser valiente, cumpliese con ser cristiano, dejando a su reina satisfecha y a Isabela merecida. 96v-   como siempre, echáronse a fondo los bajeles de los cosarios; en el uno de los nuestros, en vuestro real nombre, di libertad a los cristianos que del poder de los turcos escaparon; sólo truje
conmigo a un hombre y a una mujer españoles, que por su gusto quisieron venir a ver la grandeza vuestra. Mostrésela al bendito padre que me había rescatado, y ofrecíle quinientos ducados más de los de mi rescate para ayuda de su empeño. La novela empieza por un acto de rebeldía de Clotaldo, padre de Ricaredo, quien lleva a Isabela a Londres.
108v-   Y, aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, todavía le pareció que era mejor fiarlo de la lengua y discreción de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaba la lengua castellana. 110v-   que decía, y se los puso en manos del provisor, que los vio junto con el señor asistente; y no halló en ellos cosa que le hiciese
dudar de la verdad que Ricaredo había contado. Isabela es vuestra, veisla allí; cuando quisiéredes podéis tomar su entera posesión, y creo será con su gusto, porque es discreta y sabrá ponderar la amistad que le hacéis, que no la quiero llamar merced, sino amistad, porque me quiero alzar con el nombre de que yo sola puedo hacerle mercedes.
Hablélos, díjeles quién era, y, movidos de caridad, aunque yo era estranjero, me rescataron en esta forma: que dieron   -fol. Language: Spanish. Lo que Clotaldo y yo te rogamos otra vez, hija de mi alma, es que encomiendes muy de   -fol. Respondióle la reina que tenía razón, sirviéndole de intéprete, para que lo entendiese, Isabela; la cual, de la
manera que se ha contado, conoció a sus padres, y sus padres a ella, a los cuales mandó la reina quedar en palacio, para que de espacio pudiesen ver y hablar a su hija y regocijarse con ella; de lo cual Ricaredo se holgó mucho, y de nuevo pidió a la reina le cumpliese la palabra que le había dado de dársela, si es que acaso la merecía; y, de no
merecerla, le suplicaba desde luego le mandase ocupar en cosas que le hiciesen digno de alcanzar lo que deseaba. Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo eran católicos secretos, aunque en lo público mostraban seguir la opinión de su reina. Pero, con todo esto, no se pudieron encubrir a los ojos de la reina, pues dijo: -No os
afrentéis, Ricaredo, de llorar, ni os tengáis en menos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro   -fol. Todos se entristecieron, si no fue Ricaredo, que le alegró, no por el daño de su general, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos navíos, que así fue la orden de la reina: que, faltando el general, lo fuese Ricaredo;
el cual con presteza se pasó a la capitana, donde halló que unos lloraban por el general muerto y otros se alegraban con el vivo. No pasó mes y medio cuando, sin sabiduría de Ricaredo, la nueva esposa se le entró por las puertas, acompañada como quien ella era, y tan hermosa que, después de la Isabela que solía ser, no había otra tan bella en toda
Londres. Abrazó la reina a los tres, y, encomendándolos a la buena ventura y al patrón de la nave, y pidiendo a Isabela la avisase de su buena llegada a España, y siempre de su salud, por la vía del mercader francés, se despidió de Isabela y de sus padres, los cuales aquella misma tarde se embarcaron, no sin lágrimas de Clotaldo y de su mujer y de
todos los de su casa, de quien era en todo estremo bien querida. 88v-   así por no tener otro, como porque lo merecía su mucha virtud y su gran valor y entendimiento. Mandó llamar la reina con priesa a sus médicos, y, en tanto que tardaban, la hizo dar cantidad de polvos de unicornio, con otros muchos antídotos que los grandes príncipes suelen
tener prevenidos para semejantes necesidades. Y, habiéndonos embarcado en un navío de aviso seis días ha, a la salida de Cádiz dieron con el navío estos dos bajeles de cosarios, y nos cautivaron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura. Desta manera, casi todos los más turcos fueron muertos, y los que en la nave
entraron, por los cristianos que con ellos se mezclaron, aprovechándose de sus mismas armas, fueron hechos pedazos: que la fuerza de los valientes, cuando caen, se pasa a la flaqueza de los que se levantan. Este cautivo, pues, al tiempo que ya Isabela tenía un pie dentro de la portería del convento, donde habían salido a recebirla, como es uso, la
priora y las monjas con la cruz, a grandes voces dijo: -¡Detente, Isabela, detente!; que mientras yo fuere vivo no puedes tú ser religiosa. Con este sobresalto llegaron a poderse hablar, que no lo habían hecho después que salieron del puerto.   -fol. Stock Image Miguel De Cervantes Published by Createspace Independent Publishing Platform, United
States (2016) ISBN 10: 1530262933 ISBN 13: 9781530262939 New Paperback Quantity: 10 Book Description Paperback. Abrazad, Isabela, a Ricaredo y dadle vuestra bendición, que bien lo merece su sentimiento. Acabada de leer la carta, sin derramar lágrimas ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro y, al parecer, con sosegado
pecho, se levantó de un estrado donde estaba sentada y se entró en un oratorio; y, hincándose de rodillas ante la imagen de un devoto crucifijo, hizo voto de ser monja, pues lo podía ser teniéndose por viuda. Fuese el ministro, y dejó llenos los pechos de todos de turbación, de sobresalto y miedo. Por estos rodeos y por estas circunstancias, los padres
de Isabela cobraron su hija y restauraron su hacienda; y ella, favorecida del cielo y ayudada de sus muchas virtudes, a despecho de tantos inconvenientes, halló marido tan principal como Ricaredo, en cuya compañía se piensa que aún hoy vive en las casas que alquilaron frontero de Santa Paula, que después las compraron de los herederos de un
hidalgo burgalés que se llamaba Hernando   -fol. Pero Ricaredo les dijo que no temiesen algún daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en defensa. Ansí como Isabela alzó los ojos, los puso en ella su madre y detuvo el paso para mirarla más atentamente, y en la memoria de Isabela se comenzaron a despertar unas
confusas noticias que le querían dar a entender que en otro tiempo ella había visto aquella mujer que delante tenía. Y estaba claro, según él decía, que no habían de querer dar a una esclava (si este nombre se podía dar a Isabela) lo que ya tenían concertado de dar a una señora. Ricaredo estaba atentísimo a ver los afectos y movimientos que hacían
las tres dudosas y perplejas almas, que tan confusas estaban entre el sí y el no de conocerse. Prueba su valor y vuelve con muchas joyas que ofrece a la Reina. Ya Vuestra Majestad me ha dado nombre de hija: sobre tal prenda, ¿qué males podré temer o qué bienes no podré esperar? Quiso saber la reina primero por qué le pedía con tanto ahínco
aquella suspensión, que tan derechamente iba contra la palabra que tenía dada a Ricaredo; pero no se la quiso dar la camarera hasta que le hubo otorgado que haría lo que le pedía: tanto deseo tenía la reina de saber la causa de aquella demanda. No quiso Ricaredo entrar en el puerto con muestras de alegría, por la muerte de su general; y así,
mezcló las señales alegres con las tristes: unas veces sonaban clarines regocijados; otras, trompetas roncas; unas tocaban los atambores, alegres y sobresaltadas armas, a quien con señas tristes y lamentables respondían los pífaros; de una gavia colgaba, puesta al revés, una bandera de medias lunas sembrada; en otra se veía un luengo estandarte de
tafetán negro, cuyas puntas besaban el agua. Y así, viendo que Ricaredo callaba, honesta, hermosa y discreta, le respondió desta suerte: -Después que quiso el rigor o la clemencia del cielo, que no sé a cuál destos estremos lo atribuya, quitarme a mis padres, señor Ricaredo, y darme a los vuestros, agradecida a las infinitas mercedes que me han
hecho, determiné que jamás mi voluntad saliese de la suya; y así, sin ella tendría no por buena, sino por mala fortuna la inestimable merced que queréis hacerme. 97v-   señoras, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues aun entre mujeres parecen bien los hombres armados. Alborozas Isabela oyendo el nombre de Ricaredo, y en
aquel instante temió y esperó malos y buenos sucesos de su venida. Cuando el conde vio al capitán, luego imaginó a lo que venía, y determinó de no dejar prenderse, y, alzando la voz contra Ricaredo, dijo: -Ya vees, Ricaredo, el impedimento que nos viene. Finalmente, con estos tan contrarios estremos entró en el río de Londres con su navío, porque la
nave no tuvo fondo en él que la sufriese; y así, se quedó en la mar a lo largo. Finalmente, la gente más principal, con el asistente y aquellos dos señores eclesiásticos, volvieron a acompañar a Isabela a su casa, dejando a las monjas tristes, confusas y llorando por lo que perdían en [no] tener en su compañía a la hermosa Isabela; la cual, estando en su
casa, en una gran sala della hizo que aquellos señores se sentasen. Esta respuesta dio la camarera a su hijo, el cual, sin detenerse un punto, ardiendo en amor y en celos, se armó de todas armas, y sobre un fuerte y hermoso caballo se presentó ante la casa de Clotaldo, y a grandes voces pidió que se asomase Ricaredo a la ventana, el cual a aquella
sazón estaba vestido de galas de desposado y a punto para ir a palacio con el acompañamiento que tal acto requería; mas, habiendo oído las voces, y siéndole dicho quién las daba y del modo que venía, con algún sobresalto se asomó a una ventana; y como le vio Arnesto, dijo: -Ricaredo, estáme atento a lo que decirte quiero: la reina mi señora te
mandó fueses a servirla y a hacer hazañas que te hiciesen merecedor de la sin par Isabela. Lo que se ha de hacer es que toda la artillería de un navío destos se ha de pasar a la gran nave portuguesa, sin dejar en el navío otras armas ni otra cosa más del bastimento, y no lejando la nave de nuestra gente, la llevaremos a Inglaterra, y los españoles se
irán a España. No le acertaban los médicos la enfermedad, ni él osaba ni quería descubrírsela. Toda esta honra quiso hacer Clotaldo a su prisionera, por obligar a la reina la tratase como a esposa de su hijo. Mas, pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida. 108r-   mi señora, y
vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hicieron escoger la de la religión, que en este punto quería entrar a vivir en ella. Brand new Book. Despidióse de las damas, las cuales, como ya estaba fea, no quisieran que se partiera, viéndose libres de la envidia que a su hermosura tenían, y contentas de gozar de sus gracias y discreciones. Con ella
quedaré rico y premiado, no sólo deste servicio, cual él se sea, que a Vuestra Majestad he hecho, sino de otros muchos que pienso hacer por pagar alguna parte del todo casi infinito que en esta joya Vuestra Majestad me ofrece. 99v-   posible. Id con Dios, que, pues vais enamorado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas. Y así,
con el calor que les daba a los cristianos pensar que los navíos ingleses eran españoles, hicieron por su libertad maravillas. Luego imaginó Isabela que el haber dejado Ricaredo a Inglaterra sería para venirla a buscar a España; y, alentada con esta esperanza, vivía la más contenta del mundo, y procuraba vivir de manera que, cuando Ricaredo llegase a
Sevilla, antes le diese en los oídos la fama de sus virtudes que el conocimiento de su casa. Se trata de una novela bizantina que se publica en 1613, en el conjunto de doce novelas cortas escritas entre 1590 y 1612 que componen las Novelas ejemplares. De la mucha gente que había visto al conde Arnesto armado, y le había oído las voces del desafío,
no faltó quien lo fue a contar a la reina, la cual mandó al capitán de su guarda que fuese a prender al conde. Quiso la reina saber de Ricaredo menudamente cómo había pasado la batalla con los bajeles de los cosarios. »Con esta seguridad nos embarcamos, navegando tierra a tierra con intención de no engolfarnos; pero, llegando a un paraje que
llaman las Tres Marías, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluga descubriendo, a deshora salieron de una cala dos galeotas turquescas; y, tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos a embestir en ella, nos cortaron el camino y nos cautivaron. Y así, suplicaba a todos aquellos que quisiesen saberla, diesen la vuelta a
su casa, pues estaba tan cerca; que allí se la contarían de modo que con la verdad quedasen satisfechos, y con la grandeza y estrañeza de aquel suceso admirados. De todo se contentó la reina, y tuvo por acertada la determinación de Clotaldo. Aquella nave es de las que vienen de la India de Portugal, la cual por tormenta vino a dar en poder de los
turcos, que con poco trabajo, o, por mejor decir, sin ninguno, la rindieron; y, según dijeron algunos portugueses de los que en ella venían, pasa de un millón de oro el valor de la especería y otras mercancías de perlas y diamantes que en ella vienen. Bien conocieron por algunas insignias que aquel navío menor era la capitana del barón de Lansac, mas
no podían alcanzar cómo el   -fol. Bien entendió la reina que estaba Ricaredo satisfecho de sí mismo y de su mucho valor, que no había necesidad de nuevas pruebas para calificarle; y así, le dijo que de allí a cuatro días le entregaría a Isabela, haciendo a los dos la honra que a ella fuese   -fol. En efeto, cayendo y levantando, llegó donde Isabela estaba;
y, asiéndola de la mano, le dijo: -¿Conócesme, Isabela? »Casi un año se tardó en volver la nave de la limosna; y lo que en este año me pasó, a poderlo contar ahora, fuera otra nueva historia. Desde su casa y desde su oratorio andaba con el pensamiento los viernes de Cuaresma la santísima estación de la cruz, y los siete venideros del Espíritu Santo.
Ricaredo les dijo que él dilataría el casamiento de la escocesa, que ya estaba en casa, del modo que después verían; y, cuando su padre los quisiese enviar a España a todos tres, no lo rehusasen, sino que se fuesen y le aguardasen en Cádiz o en Sevilla   -fol. Isabela, que estaba suspensa y atónita de ver la humildad y dolor de Ricaredo, que como a su
esposo le amaba, no entendió lo que la reina le mandaba, antes comenzó a derramar lágrimas, tan sin pensar lo que hacía, y tan sesga y tan sin movimiento alguno, que no parecía sino que lloraba una estatua de alabastro. Después que pasó algún tanto la suspensión de la reina, haciendo levantar a Isabela, le dijo: -Habladme en español, doncella, que
yo le entiendo bien y gustaré dello. Pasóse el término de los dos años y llegóse el día de tomar el hábito, cuya nueva se estendió por la ciudad; y de los que conocían de vista a Isabela, y de aquéllos que por sola su fama, se llenó el monasterio y la poca distancia que dél a la casa de Isabela había. Dieron voces de la nave capitana, diciendo que el
capitán Ricaredo pasase a ella, porque el general la noche antes había muerto de una apoplejía. Por la orden del mercader francés de Sevilla, escribieron Isabela y sus padres a la reina de Inglaterra su llegada, con los agradecimientos y sumisiones que requerían las muchas mercedes della recebidas. Y como vio que Ricaredo, según el parecer de la
reina, tenía merecida a Isabela, y que en tan poco tiempo se le había de entregar por mujer, quiso desesperarse; pero, antes que llegase a tan infame y tan cobarde   -fol. Fue Ricaredo de sus padres, amigos, parientes y conocidos con muestras de entrañable amor recebido. Este aviso tuvo la señora Catalina, su madre, y todos los criados y criadas de
su casa. Y así era la verdad, pues fuera del crédito, que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valía mi hacienda dentro de las puertas de mi casa más de cincuenta mil ducados; todo lo perdí, y no hubiera perdido nada, como no hubiera perdido a mi hija. En fin, en pocos meses fue restaurando su perdido crédito, y la belleza de Isabela
volvió a su ser primero, de tal manera que, en hablando de hermosas, todos daban el lauro a la española inglesa; que, tanto por este   -fol. 107r-   Paula, donde estaba su prima. Bien se me podrá creer si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traía, con la cédula de los mil
y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese a manos de un cristiano cautivo español, que las guardó; que si vinieran a poder de los turcos, por lo menos había de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula, que ellos averiguaran cúya era. Respondió el conde que sí daba; pero no para que le llevasen a otra parte que a la presencia de la
reina. Otro día, vino Isabela y sus padres a despedirse de la reina,   -fol. Ricaredo les respondió que si ellos pensaban que aquellos dos navíos eran españoles, se engañaban; que no eran sino de la señora reina de Inglaterra, cuya nueva dio que pensar y que temer a los que la oyeron, pensando, como era razón que pensasen, que de un lazo habían
caído en otro. A esta sazón tenía Isabela catorce y Ricaredo veinte años; y, en esta tan verde y tan florida edad, su mucha discreción y conocida prudencia los hacía ancianos. Éste se fue con él al viaje, que por otra te avisé, que Ricaredo a Francia y a otras partes había hecho el segundo día de tu partida. Y, al cabo de los seis días, les dio de costado un
recísimo viento (que en el mar océano tiene otro nombre que en el Mediterráneo, donde se llama mediodía), el cual viento fue tan durable y tan recio que, sin dejarles tomar las islas, les fue forzoso correr a España; y, junto a su costa, a la boca del estrecho de Gibraltar, descubrieron tres navíos: uno poderoso y grande, y los dos pequeños. Estas tan
contrarias muestras y señales tenían suspenso el infinito pueblo que desde la ribera les miraba. Y, volviéndose a Clotaldo, dijo: -Clotaldo, agravio me habéis hecho en tenerme este tesoro tantos años ha encubierto; mas él es tal, que os haya movido a codicia: obligado estáis a restituírmele, porque de derecho es mío. Conoció la reina la suspensión de
entrambos, y aun el desasosiego de Isabela, porque la vio trasudar y levantar la mano muchas veces a componerse el cabello. -Dos navíos -respondió la reina- están para partirse en corso, de los cuales he hecho general al barón de Lansac: del uno dellos os hago a vos capitán, porque la sangre de do venís me asegura que ha de suplir la falta de
vuestros años. Su padre,   -fol. No pasaron cuatro días, cuando ya Arnesto se puso a punto de salir a cumplir su destierro y los dineros estuvieron juntos. Al principio le salteó amor con un modo de agradarse y complacerse de ver la sin igual belleza de Isabel, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias, amándola como si fuera su hermana, sin que
sus deseos saliesen de los términos honrados y virtuosos. No consintió la reina que Ricaredo estuviese de rodillas ante ella; antes, le hizo levantar y sentar en una silla rasa, que para sólo esto allí puesta tenían: inusitada merced, para la altiva condición de la reina; y alguno dijo a otro: -Ricaredo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado, sino
sobre la pimienta que él trujo. Los cristianos de quien venían armadas las galeras, arrancando las branzas y rompiendo las cadenas, mezclados con los turcos, también se acogieron a la nave; y, como iban subiendo por su costado, con la arcabucería de los navíos los iban tirando como a blanco; a los turcos   -fol. Por la letra y por la firma, no le quedó
que dudar a Isabela para no creer la muerte de su esposo. Nadie osó contradecir lo que Ricaredo había propuesto, y algunos le tuvieron por valiente y magnánimo   -fol. Acometíla, pelearon vuestros soldados   -fol. Respondiéronle que era una nave que venía de la India de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valía más
de un millón de oro, y que con tormenta había arribado a aquella parte, toda destruida y sin artillería, por haberla echado a la mar la gente, enferma y casi muerta de sed y de hambre; y que aquellas dos galeras, que eran del cosario Arnaúte Mamí, el día antes la habían rendido, sin haberse puesto en defensa; y que, a lo que habían oído decir, por no
poder pasar tanta riqueza a sus dos bajeles, la llevaban a jorro para meterla en el río de Larache, que estaba allí cerca. Oyendo lo cual Isabela, le dijo: -No le dé pena alguna, señora mía, ese temor, que yo confío en el cielo que me ha de dar palabras en aquel instante, por su divina misericordia, que no sólo no os condenen, sino que redunden en
provecho vuestro. Aquí puso silencio Isabela a sus honestas y discretas razones, y allí comenzó la salud de Ricaredo, y comenzaron a revivir las esperanzas de sus padres, que en su enfermedad muertas estaban. 98v-   contado, y de lo que en ellos he visto y notado, sé que son gente principal y de valor. Y, estando aquella mañana Isabela vestida, por
orden de la reina, tan ricamente que no se atreve la pluma a contarlo, y habiéndole echado la misma reina al cuello una sarta de perlas de las mejores que traía la nave, que las apreciaron en veinte mil ducados, y puéstole un anillo de un diamante, que se apreció en seis mil escudos, y estando alborozadas las damas por la fiesta que esperaban del
cercano desposorio, entró la camarera mayor a la reina, y de rodillas le suplicó suspendiese el desposorio de Isabela por otros dos días; que, con esta merced sola que su Majestad le hiciese, se tendría por satisfecha y pagada de todas las mercedes que por sus servicios merecía y esperaba. Al instante puso el torno en orden, y, acostando su segundo
bajel a la gran nave, con maravillosa presteza y con fuerza de fortísimos cabestrantes, pasaron la artillería del pequeño bajel a la mayor nave. Llegó Arnesto ante la reina, la cual, sin entrar con él en razones, le mandó quitar la espada y llevasen preso a una torre. Isabela vuelve a España con sus padres para recuperarse de los efectos del veneno y
recobrar su salud. Los dos jóvenes llegan a enamorarse, los padres de Ricaredo tenían planeado casarlo con una escocesa. Sus padres disimularon y encubrieron con discreción la pena que les había dado la triste nueva, por poder consolar a Isabela en la amarga que sentía; la cual, casi como satisfecha de su dolor, templándole con la santa y cristiana
resolución que había tomado, ella consolaba a sus padres, a los cuales descubrió su intento, y ellos le aconsejaron que no le pusiese en ejecución hasta que pasasen los dos años que Ricaredo había puesto por término a su venida; que con esto se confirmaría la verdad de la muerte de Ricaredo, y ella con más seguridad podía mudar de estado. Su
padre estaba en la misma confusión, sin osar determinarse a dar crédito a la verdad que sus ojos le mostraban. Encerréme en un aposento con mi criado, y estuve con cuidado y con determinación de mudarme a otra posada en cerrando la noche. 103r-   dijo: -Isabela de mi alma: mis padres, con el grande amor que me tienen, aún no bien enterados
del mucho que yo te tengo, han traído a casa una doncella escocesa, con quien ellos tenían concertado de casarme antes que yo conociese lo que vales. 87r-   ENTRE los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz, Clotaldo, un caballero inglés, capitán de una escuadra de navíos, llevó a Londres una niña de edad de siete años, poco más o
menos; y esto contra la voluntad y sabiduría del conde de Leste, que con gran diligencia hizo buscar la niña para volvérsela a sus padres, que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiéndole que, pues se contentaba con las haciendas y dejaba libres las personas, no fuesen ellos tan desdichados que, ya que quedaban pobres, quedasen sin su hija,
que era la lumbre de sus ojos y la más hermosa criatura que había en toda la ciudad. Una y muchas veces le aseguró Isabela estuviesen seguros que por su causa no sucedería lo que temían y sospechaban, porque, aunque ella entonces no   -fol. 106v-   veras a Dios la de Ricaredo, que bien merece este beneficio el que tanto te quiso como tú sabes. Con
todo esto, Ricaredo se la pidió a la reina, y le suplicó se la dejase llevar a su casa, porque el amor que la tenía pasaba del cuerpo al alma; y que si Isabela había perdido su belleza, no podía haber perdido sus infinitas virtudes. No se halló a esta despedida presente Ricaredo, que por no dar muestras de tiernos sentimientos, aquel día hizo con unos
amigos suyos le llevasen a caza. En tanto que esto dijo Ricaredo, estuvo escuchándole Isabela, los ojos bajos, mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba a su hermosura, y a su mucha discreción su recato. 100r-   remedio, habló a su madre, diciéndole pidiese a la reina le diese a Isabela por esposa; donde no, que pensase que la muerte
estaba llamando a las puertas de su vida. Besé los pies al Sumo Pontífice, confesé mis pecados con el mayor penitenciero; absolvióme dellos, y diome los recaudos necesarios que diesen fe de mi confesión y penitencia y de la reducción que había hecho a nuestra universal madre la Iglesia. La madre de otro joven, quien también está enamorado de
Isabela, decide envenenar a la joven porque la Reina no le da permiso para casarla con su hijo. Antes que Ricaredo llegase, llegó otro que dio las nuevas a la reina de cómo Ricaredo venía. Halló en la nave casi trecientas personas, de las que habían escapado de las galeras. Y así, soy de parecer que ningún cristiano católico muera: no porque los
quiero bien, sino porque me quiero a mí muy bien, y querría que esta hazaña de hoy ni a mí ni a vosotros, que en ella me habéis sido compañeros, nos diese, mezclado con el nombre de valientes, el renombre de crueles: porque nunca dijo bien la crueldad con la valentía. -Ni lo estará -dijo la reina- con Isabela hasta que por sí mismo lo merezca. Año y
medio era ya pasado cuando la esperanza propincua de los dos años por Ricaredo prometidos comenzó con más ahínco que hasta allí a fatigar el corazón de Isabela. 102r-   a Isabela, que ya casi estaba espirando. Ella lo descubrió, y con esta noticia los médicos aplicaron tantos remedios y tan eficaces, que con ellos y con el ayuda de Dios quedó
Isabela con vida, o a lo menos con esperanza de tenerla. Al fin llega a Sevilla justo a tiempo para impedir que Isabela pueda profesar como monja, y se casan. Estúvola la reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como después dijo a su camarera, que tenía delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas
y diamantes que Isabela traía; su bello rostro y sus ojos, el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura. Y, cuando ya le parecía que su esposo llegaba y que le tenía ante los ojos, y le preguntaba qué impedimentos le habían detenido tanto; cuando ya llegaban a sus oídos las disculpas de su esposo, y cuando ya ella le perdonaba y le
abrazaba, y como a mitad de su alma le recebía, llegó a sus manos una carta de la señora Catalina, fecha en Londres cincuenta días había; venía en lengua inglesa, pero, leyéndola en español, vio que así decía: Hija de mi alma: bien conociste a Guillarte, el paje de Ricaredo. »Llegué con Guillarte, mi criado, a un lugar que se llama Aquapendente, que,
viniendo de Roma a Florencia, es el último que tiene el Papa, y en una hostería o posada, donde me apeé, hallé al conde Arnesto, mi mortal enemigo, que con cuatro criados disfrazado y encubierto, más por ser curioso que por ser católico, entiendo que iba a Roma. 99r-   no menos tierno que prudente, dio muestras de su sentimiento no con otras
palabras que con derramar lágrimas, que sesgamente su venerable rostro y barbas le bañaron. «Sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá quince años, perdí una hija que los ingleses debieron de llevar a Inglaterra, y con ella perdí el descanso de mi vejez y la luz de mis ojos; que, después que no la vieron, nunca han visto cosa que
de su gusto sea. Dos días después de llegar a Sevilla le buscaron, y le hallaron y le dieron la carta del mercader francés de la ciudad de Londres. Poco más de un mes estuvieron en Cádiz, restaurando los trabajos de la navegación, y luego se fueron a Sevilla por ver si se salía cierta la paga de los diez mil ducados que, librados sobre el mercader francés,
traían. La novela es la historia de sus repatriaciones geográficas y religiosas, de la devolución de Isabela a sus padres verdaderos y de la reunión de los jóvenes amantes al final de la novela. 92r-   corazón: que una cosa es pelear con los enemigos y otra despedirse de quien bien se quiere. -Levantaos, Ricaredo -respondió la reina-, y creedme que si por
precio os hubiera de dar a Isabela, según yo la estimo, no la peteretes pagar ni con lo que trae esa nave ni con lo que queda en las Indias. Pocas o ninguna vez salía de su casa, si no para el monasterio; no ganaba otros jubileos que aquellos que en el monasterio se ganaban. Vinieron los médicos, y esforzaron los remedios y pidieron a la reina hiciese
decir a la camarera qué género de veneno le había dado, porque no se dudaba que otra persona alguna sino ella la hubiese avenenado. Engrandeció la liberalidad de la reina, la cristiandad de Ricaredo y de sus padres, y acabó con decir que dijese Ricaredo lo que le había sucedido después que salió de Londres hasta el punto presente, donde le veían
con hábito de cautivo y con una señal de haber sido rescatado por limosna. Ricaredo, por no dar indicio de sus designios, respondió tibiamente a su padre que hiciese lo que mejor le pareciese; sólo le suplicó que no quitase a Isabela ninguna cosa de las riquezas que la reina le había dado. La española inglesa es una obra literaria de Miguel de
Cervantes Saavedra. Con tales razones se lo agradeció Isabela, que de nuevo dejó obligada a la reina para hacerle siempre mercedes. 89v-   ya a punto, los parientes y los amigos convidados, y no faltaba otra cosa sino hacer a la reina sabidora de aquel concierto; porque, sin su voluntad y consentimiento, entre los de ilustre sangre, no se efetúa
casamiento alguno; pero no dudaron de la licencia, y así, se detuvieron en pedirla. Y así, un día se lo manifestó a su madre, diciéndole en el fin de su plática, que fue larga, que si no le casaban con Isabela, que el negársela y darle la muerte era todo una misma cosa. Vuestro valor solo la merece. »Trujéronnos a Argel, donde hallé que estaban
rescatando los padres de la Santísima Trinidad. Y esto, a lo que creo, con intención que la mucha belleza desta doncella borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo. Sólo diré que fui conocido de uno de los veinte turcos que di libertad con los demás cristianos ya referidos, y fue tan agradecido y tan hombre de bien, que no quiso
descubrirme; porque, a conocerme los turcos por aquél que había echado a fondo sus dos bajeles, y quitádoles de las manos la gran nave de la India, o me presentaran al Gran Turco o me quitaran la vida; y de presentarme al Gran Señor redundara no tener libertad en mi vida. En efeto, de aquella nueva honra que la reina hizo a Ricaredo tomó ocasión
la envidia para nacer en muchos pechos de aquéllos que mirándole estaban; porque no hay merced que el príncipe haga a su privado que no sea una lanza que atraviesa el corazón del envidioso. Todas estas cosas atormentaban el corazón de Isabela y de sus padres, que tan presto veían turbado el mar de su sosiego. En esto, deseaba Isabela que
hablase la que pensaba ser su madre: quizá los oídos la sacarían de la duda en que sus ojos la habían puesto. Finalmente, habiendo muerto casi todos los turcos, algunos españoles se pusieron a borde del navío, y a grandes voces llamaron a los que pensaban ser españoles entrasen a gozar el premio del vencimiento. 91v-   yo a Vuestra Majestad no es
menester incitarme con otros premios que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido a sus reyes; pero, pues Vuestra Majestad gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querría saber en qué modo y en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligación en que Vuestra Majestad me pone. Creí sin
duda que no me había conocido. Si me das la palabra de ser mía, yo te la doy, desde luego, como verdadero y católico cristiano, de ser tuyo; que, puesto que no llegue a gozarte, como no llegaré, hasta que con bendición de la Iglesia y de mis padres sea, aquel imaginar que con seguridad eres mía será bastante a darme salud y a mantenerme alegre y
contento hasta que llegue el felice punto que deseo. 95v-   por forzarle amor que a los católicos tuviese. Y advertid a la merced que os hago, pues os doy ocasión en ella a que, correspondiendo a quien sois, sirviendo a vuestra reina, mostréis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona, y alcancéis el mejor premio que a mi parecer vos mismo
podéis acertar a desearos. Los de la galera abierta, así como llegaron a la nave, la desampararon, y con priesa y celeridad procuraban acogerse a la nave. Con esto se despidió Ricaredo, contentísimo con la esperanza propincua que llevaba de tener en su poder a Isabela sin sobresalto de perderla, que es el último deseo de los amantes. Ella no supo
qué decir, ni hacer otra cosa que besar muchas veces la mano de Ricaredo y decirle, con voz mezclada con lágrimas, que ella le aceptaba por suyo y se entregaba por su esclava. Lo mismo hicieron los dos señores eclesiásticos, y rogaron a Isabela que pusiese toda aquella historia por escrito, para que la leyese su señor el arzobispo; y ella lo prometió.
Quedó suspensa Isabela con las razones de Ricaredo, y sus padres atónitos y pasmados. El grande silencio que todos los circunstantes habían tenido, escuchando el estraño caso, se rompió en dar alabanzas a Dios por sus grandes maravillas; y, dando desde el mayor hasta el más pequeño el parabién a Isabela, a Ricaredo y a sus padres, los dejaron; y
ellos suplicaron al asistente honrase sus bodas, que de allí a ocho días pensaban hacerlas. Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar ánimo a su mucho temor, y no los hallaba sino en la mucha confianza que en Dios tenía y en la prudencia de Isabela, a quien encomendó mucho que, por todas las vías que pudiese escusase el condenallos por católicos;
que, puesto que estaban promptos con el espíritu a recebir martirio, todavía la carne enferma rehusaba su amarga carrera. Con el tiempo y con los regalos, fue olvidando los que sus padres verdaderos le habían hecho; pero no tanto que dejase de acordarse y de suspirar por ellos muchas veces; y, aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdía la
española, porque Clotaldo tenía cuidado de traerle a casa secretamente españoles que hablasen con ella. Isabela, a pesar de la impresión que en su memoria había hecho la carta de su madre de Ricaredo, dándole nuevas de su muerte, quiso dar más crédito a sus ojos y a la verdad que presente tenía; y así, abrazándose con el cautivo, le dijo: -Vos, sin
duda, señor mío, sois aquel que sólo podrá impedir mi cristiana determinación. Si tuvieres gana de castigarme, tú me buscarás; y, por la que yo tengo de castigarte, también te buscaré; y, pues dos que se buscan fácilmente se hallan, dejemos para entonces la ejecución de nuestros deseos. Pedí confesión y todos los sacramentos como católico
cristiano; diéronmelos, curáronme, y no estuve para ponerme en camino en dos meses; al cabo de los cuales vine a Génova, donde no hallé otro pasaje, sino en dos falugas que fletamos yo y otros dos principales españoles: la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuésemos. El concurso de la gente fue tanto, que les pesó de
no haber entrado en los coches, que no les daban lugar de llegar al monasterio. -Ni es posible ponernos en ella -respondieron-, porque, como se ha dicho,   -fol. Yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su más verdadera guarda. Sin embargo, Ricaredo sigue enamorado de ella, aunque de su belleza interior -
ahora, de sus virtudes internas- y decide salir de Inglaterra, en un viaje a Italia, para no tener que casarse con la escocesa. Desta manera, sin olvidar la suya, como está dicho, hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Londres. ¿Pensábades por ventura que veníades a pelear con vuestros enemigos? Aquella misma noche, con muchos
bajeles, lanchas y barcos, y con no menos ojos que lo miraban, se comenzó a descargar la gran nave, que en ocho días no acabó de dar la mucha pimienta y otras riquísimas mercaderías que en su vientre encerradas tenía. Mandóles la reina que se llegasen cerca. -Sí conozco -dijo Isabela-, si ya no eres fantasma que viene a turbar mi reposo. Y, como
venía armado de peto, espaldar, gola y brazaletes y escarcelas, con unas armas milanesas de once vistas, grabadas y doradas, parecía en estremo bien a cuantos le miraban; no le cubría la cabeza morrión alguno, sino un sombrero de gran falda, de color leonado con mucha diversidad de plumas terciadas a la valona; la espada, ancha; los tiros, ricos;
las calzas, a la esguízara. Y aquel mismo día, sin acuerdo de letrados y sin poner a su camarera en tela de juicio, la condenó en que no sirviese más su oficio y en diez mil escudos de oro para Isabela; y al conde Arnesto,   -fol. Llegaron todos donde la reina estaba en medio de sus damas, esperando a Ricaredo, a quien quiso lisonjear y favorecer con
tener junto a sí a Isabela, vestida con aquel mismo vestido que llevó la vez primera, mostrándose no menos hermosa ahora que entonces. A ninguna cosa se ha tocado, ni los turcos habían llegado a ella, porque todo lo dedicó el cielo, y yo lo mandé guardar, para Vuestra Majestad, que con una joya sola que se me dé, quedaré en deuda de otras diez
naves, la cual joya ya Vuestra Majestad me la tiene prometida, que es a mi buena Isabela. Tales razones supo decir a ellos y a los parientes que habían venido con Clisterna, que así se llamaba la escocesa, que, como todos eran católicos, fácilmente las creyeron, y Clisterna se contentó de quedar en casa de su suegro hasta que Ricaredo volviese, el
cual pidió de término un año. Luego, haciendo una breve plática a los cristianos, les mandó pasar al bajel desembarazado, donde hallaron bastimento en abundancia para más de un mes y para más gente; y, así como se iban embarcando, dio a cada uno cuatro escudos de oro españoles, que hizo traer de su navío, para remediar en parte su necesidad
cuando llegasen a tierra: que estaba tan cerca, que las altas montañas de Abala y Calpe desde allí se parecían. Quedó la camarera admirada de las razones de su hijo; y, como conocía la aspereza de su arrojada condición y la tenacidad con que se le pegaban los deseos en el alma, temió que sus amores habían de parar en algún infelice suceso. Con
estas razones se alborotó la gente y se avivó el deseo que todos tenían de saber y ver la claridad de tan intricadas cosas. Finalmente, ningún discurso que hizo, ninguna cosa que imaginó, le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueva de su desventura. Y, para más confirmación della, ordenó el cielo que se hallase presente a todo esto el
mercader Florentín, sobre quien venía la cédula de los mil y seiscientos ducados, el cual pidió que le mostrasen la cédula; y, mostrándosela, la reconoció y la aceptó para luego, porque él muchos meses había que tenía aviso desta partida. Miguel de Cervantes Saavedra   -fol. Dio luego a la banda, y comenzó a irse a pique sin poderse remediar. 90v-
pues, a palacio, y a una gran sala donde la reina estaba, entró por ella Isabela, dando de sí la más hermosa muestra que pudo caber en una imaginación. Lo que en él me ha sucedido ya se ha visto. Contentóse con esto el capitán, y, cogiéndole en medio de la guarda, le llevó a palacio ante la reina, la cual ya de su camarera estaba informada del amor
grande que su hijo tenía a Isabela, y con lágrimas había suplicado a la reina perdonase al conde, que, como mozo y enamorado, a mayores yerros estaba sujeto. Si vos habéis guardado las joyas de la nave para mí, yo os he guardado la joya vuestra para vos; y, aunque os parezca que no hago mucho en volveros lo que es vuestro, yo sé que os hago
mucha merced en ello; que las prendas que se compran a deseos y tienen su estimación en el alma del comprador, aquello valen que vale una alma: que no hay precio en la tierra   -fol. No consigue darle muerte pero la desfigura terriblemente. 94v-   y de buen entendimiento; otros le juzgaron en sus corazones por más católico que debía. 103v-   dos
años, dentro de los cuales les daba su palabra de ser con ellos, si el cielo tanto tiempo le concedía de vida; y que si deste término pasase, tuviese por cosa certísima que algún grande impedimento, o la muerte, que era lo más cierto, se había opuesto a su camino. La reina dijo a Isabela que en lengua española dijese a aquella mujer y a aquel hombre le
dijesen qué causa les había movido a no querer gozar de la libertad que Ricaredo les había dado, siendo la libertad la cosa más amada, no sólo de la gente de razón, mas aun de los animales que carecen della. No lo hice ansí, porque el descuido grande que yo [pen]sé que tenían el conde y sus criados, me aseguró que no me habían conocido. Felice
fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes que esperaran que el premio de sus vitorias había de ser gozar de sus amadas. Callaron todos los presentes; y, teniendo las almas pendientes de las razones de Isabela, ella así comenzó su cuento; el cual le reduzgo yo a que dijo todo aquello que, desde el día que Clotaldo la
robó de Cádiz, hasta que entró y volvió a él, le había sucedido, contando asimismo la batalla que Ricaredo había tenido con los turcos, la liberalidad que había usado con los cristianos, la palabra que entrambos a dos se habían dado de ser marido y mujer, la promesa de los dos años, las nuevas que había tenido de su muerte: tan ciertas a su parecer,
que la pusieron en el término que habían visto de ser religiosa. Con esto se consolaron, y acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente, como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo. 110r-   por mí trecientos ducados, los ciento luego y los docientos cuando volviese el bajel de la limosna a rescatar al
padre de la redempción, que se quedaba en Argel empeñado en cuatro mil ducados, que había gastado más de los que traía. Esto ansí puesto y concertado, Clotaldo dijo a Ricaredo cómo determinaba enviar a España a Isabela y a sus padres, si la reina le daba licencia: quizá los aires de la patria apresurarían y facilitarían la salud que ya comenzaba a
tener. -Así es -dijo la reina-,   -fol. 94r-   este navío no tiene artillería ni nosotros armas; así que, nos es forzoso acudir a la gentileza y liberalidad de vuestro general; pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los turcos lleve adelante tan gran merced y beneficio, pues le podrá hacer famoso en todas las partes, que serán
infinitas, donde llegare la nueva desta memorable vitoria y de su liberalidad, más de nosotros esperada que temida. Todo esto pareció, y aun cometa que pronosticó el incendio de más de un alma de los que allí estaban, a quien Amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela; la cual, llena de humildad y cortesía, se fue a poner de hinojos
ante la reina, y, en lengua inglesa, le dijo: -Dé Vuestra Majestad las manos a esta su sierva, que, desde hoy más, se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa que ha llegado a ver la grandeza vuestra. Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haría lo que su Majestad le mandaba. Si con su sabiduría fuere yo tan venturosa que os merezca,
desde aquí os ofrezco la voluntad que ellos me   -fol. Con este adorno y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon a Marte, dios de la batallas, y otros, llevados de la hermosura de su rostro, dicen que le compararon a Venus, que, para hacer alguna burla a Marte, de aquel modo se había disfrazado. Acudieron las damas a la reina,

contándole lo que pasaba y certificándole que la camarera había hecho aquel mal recaudo. Pero a todo esto estaba Isabela como roca en mitad del mar, que la tocan, pero no la mueven las olas ni los vientos. 104v- que los recibió con mucho amor. Subieron los de la hostería y hallaronme atravesado con cuatro balas -fol. Ya los padres de Isabela estaban en casa de Clotaldo, a quien Ricaredo había dicho quién eran, pero que no les diesen nueva ninguna de Isabela hasta que él mismo se la diese. Aquella noche se hizo el bajel a la vela; y, habiendo con próspero viento tocado en Francia y tomado en ella los recados necesarios para poder entrar en España, de allí a treinta días entró por la barra de Cádiz, donde se desembarcaron Isabela y sus padres; y, siendo conocidos de todos los de la ciudad, los recibieron con muestras de mucho contento. Finalmente, quedó tan fea que, como hasta allí había parecido un milagro de hermosura, entonces parecía un monstruo de fealdad. Pues en verdad que aquí todas somos vuestras amigas, si no es la señora Isabela, que, como española, está obligada a no teneros buena voluntad. Estas tristes nuevas oídas de Ricaredo, le pusieron en términos de perder el juicio: tales eran las cosas que hacía y las lastimeras razones con que se quejaba. Era Ricaredo alto de cuerpo, gentilhombre y bien proporcionado. Y, aunque la reina mi señora te la ha prometido, ha sido creyendo que no hay ninguno en su corte que mejor que tú la sirva, ni quien con mejor título merezca a Isabela, y en esto bien podrá ser se haya engañado; y así, llegándome a esta opinión, que yo tengo por verdad averiguada, digo que ni tú has hecho cosas tales que te hagan merecer a Isabela, ni ninguna podrás hacer que a tanto bien te levanten; y, en razón de que no la mereces, si quisieres contradecirme, te desafío a todo trance de muerte. Pero también en esto se culpaban, por haber hecho el casamiento sin licencia de la reina, aunque esta culpa no les pareció digna de gran castigo. A la cual carta respondieron con otra no menos cortés y amorosa que agradecida. Estas y otras honestas razones pasó Ricaredo con Isabela y con las damas, entre las cuales había una doncella de pequeña edad, la cual no hizo sino mirar a Ricaredo mientras allí estuvo. Así que, confesando yo lo que vos decís, otra vez digo que no me toca vuestro desafío; pero yo le acepto por el atrevimiento que habéis tenido en desafiarme. Esta novela nos podría enseñar cuánto puede la virtud, y cuánto la hermosura, pues son bastantes juntas, y cada una de por sí, a enamorar aun hasta los mismos enemigos; y de cómo sabe el cielo sacar, de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos. Asimismo, escribieron a Clotaldo y a su señora Catalina, llamándolos Isabela padres, y sus padres, señores. Ricaredo tiene que salir en una expedición con el barón de Lansac. 101r- los que hoy viven en el mundo. Poco espacio pasó después de haberla tomado, cuando a Isabela se le comenzó a hinchar la lengua y la garganta, y a ponérsele denegridos los labios, y a enronquecérsele la voz, turbársele los ojos y apretársele el pecho: todas conocidas señales de haberle dado veneno. Mil veces determinó manifestar su voluntad a sus padres, y otras tantas no aprobó su determinación, porque él sabía que le tenían dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella escocesa, asimismo secreta cristiana como ellos. 109v- y con muchos perdigones; pero todas por partes, que de ninguna fue mortal la herida. Y así, perplejo y pensativo, sin saber qué camino tomar para venir al fin de su buen deseo, pasaba una vida tal, que le puso a punto de perderla. Entonces comienzan las varias separaciones entre los dos. 95r- en que me dejó su pérdida y la de la hacienda, que también me faltó, me pusieron de manera que ni más quise ni más pude ejercitar la mercancía, cuyo trato me había puesto en opinión de ser el más rico mercader de toda la ciudad. Y fuera mayor si los cosarios no hubieran tomado aquella nave portuguesa, que los entretuvo hasta haber sucedido lo que él había visto.» Preguntóles Ricaredo cómo se llamaba su hija. Y, como es costumbre de las doncellas que van a tomar el hábito ir lo posible galanas y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la bizarría y se descarta della, quiso Isabela ponerse la más bizarra que le fue posible; y así, se vistió con aquel vestido mismo que llevó cuando fue a ver la reina de Inglaterra, que ya se ha dicho cuán rico y cuán vistoso era. 96r- otro navío se hubiese cambiado con aquella poderosa nave que en la mar se quedaba; pero sacólos desta duda haber saltado en el esquife, armado de todas armas, ricas y resplandecientes, el valeroso Ricaredo, que a pie, sin esperar otro acompañamiento que aquel de un inumerable vulgo que le seguía, se fue a palacio, donde ya la reina, puesta a unos corredores, estaba esperando le trujesen la nueva de los navíos. Y, sin darle algunas nuevas della, le dijo que de muy buena gana llevaría a él y a su mujer a Londres, donde podría ser hallasen nuevas de la que deseaban. Pusieron -fol. -Así es verdad, señora -respondió Clotaldo-, pero fue en confianza que los muchos y relevados servicios que yo y mis pasados tenemos hechos a esta corona alcanzarían de Vuestra Majestad otras mercedes más dificultosas que las desta licencia; cuanto más, que aún no está desposado mi hijo. -Hasta el nombre me contenta -respondió la reina-: no le faltaba más sino llamarse Isabela la española, para que no me quedase nada de perfección que desear en ella. Riyeron todas del dicho de la doncella y de la disparatada semejanza de Tansi, y no faltaron murmuradores que tuvieron por impertinencia el haber venido armado Ricaredo a palacio, puesto que halló disculpa en otros, que dijeron que, como soldado, lo pudo hacer para mostrar su gallarda bizarría. Abrazó el asistente a Ricaredo y a sus padres de Isabela y a ella, ofreciéndoseles a todos con corteses razones. Deslayo porque os la prometí, y porque ella es digna de vos y vos lo sois della. Arribó la nave de Ricaredo a su capitán, para saber de su general si quería embestir a los tres navíos que se descubrían; y, antes que a ella llegase, vio poner sobre la gavia mayor un estandarte negro, y, llegándose más cerca, oyó que tocaban en la nave clarines y trompetas roncas: señales claras o que el general era muerto o alguna otra principal persona de la nave. Rogó a los españoles que en la primera ocasión que se ofreciese diesen entera libertad a los turcos, que ansimismo se le mostraron agradecidos. Este Arnesto, pues, se enamoró de Isabela tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenía abrasada el alma; y aunque, en el tiempo que Ricaredo había estado ausente, con algunas señales le había descubierto su deseo, nunca de Isabela fue admitido. Las damas que estaban con la reina quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar en Isabela: cuál acababa la viveza de sus ojos, cuál la color del rostro, cuál la gallardía del cuerpo y cuál la dulzura de la habla; y tal hubo que, de pura envidia, dijo: -Buena es la española, pero no me contenta el traje. 93v- no más, que a los cristianos mandó Ricaredo que nadie los tirase. En esto, uno de los presentes alzó la voz, diciendo: -Señores, este mancebo es un gran cosario inglés, que yo le conozco; y es aquel que habrá poco más de dos años tomó a los cosarios de Argel la nave de Portugal que venía de las Indias. Es, pues, el caso que la camarera mayor de la reina, a cuyo cargo estaba Isabela, tenía un hijo de edad de veinte y dos años, llamado el conde Arnesto. Digo, pues, que, estando todo en este estado, cuando faltaban los cuatro días hasta el de la boda, una tarde turbó todo su regocijo un ministro de la reina que dio un recaudo a Clotaldo: que su Majestad mandaba que otro día por la mañana llevasen a su presencia a su prisionera, la española de Cádiz. Salieron a luz las perlas y el famoso diamante, con el collar y cintura, que asimismo era de mucho valor. Venid, señor, a la casa de mis padres, que es vuestra, y allí os entregaré mi posesión por los términos que pide nuestra santa fe católica. El grave descontento -fol. -Señora -fol. 97r- con que aprecialla. No fue menester mucho para que la reina lo creyese, y así, fue a ver -fol. Idos a descansar y venidme a ver mañana, que quiero más particularmente oír vuestras hazañas; y traedme esos dos que decís que de su voluntad han querido venir a verme, que se lo quiero agradecer. Finalmente, sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados, y Clotaldo, alegre sobremodo, llegó a Londres y entregó por riquísimo despojo a su mujer a la hermosa niña. Los regalos que la señora Catalina dio a Isabela para el viaje fueron muchos, los abrazos infinitos, las lágrimas en abundancia, las encomiendas de que la escribiese sin número, y los agradecimientos de Isabela y de sus padres correspondieron a todo; de suerte que, aunque llorando, los dejaron satisfechos. Y, puesto que la repugnancia y los desdenes en los principios de los amores suelen hacer desistir de la empresa a los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos y conocidos desdenes que le dio Isabela, porque con su celo ardía y con su honestidad se abrasaba. Hízolos pasar luego a su capitana, poniendo marineros y guardas bastantes en la nao portuguesa. Y, diciendo esto, se volvió a Isabela y la apartó de su madre, la cual, habiéndole echado agua en el rostro, volvió en sí; y, estando un poco más en su acuerdo, puesta de rodillas delante de la reina, le dijo: -Perdone Vuestra Majestad mi atrevimiento, que no es mucho perder los sentidos con la alegría del hallazgo desta amada prenda. Pareceres hubo que los hiciese pasar uno a uno a su navío, y, así como fuesen entrando debajo de cubierta, matarle, y desta manera matarlos a todos, y llevar la gran nave a Londres, sin temor ni cuidado alguno. Juntó Isabela su rostro con el de su madre, y, volviendo los ojos a su padre, de tal manera le miró, que le dio a entender el gusto y el descontento que de verlos allí su alma tenía. No hay duda sino que es él, que yo le conozco, porque él me dio libertad y dineros para venirme a España, y no sólo a mí, sino a otros trecientos cautivos. Alborotáronse sus parientes y todos aquellos que para ir a palacio habían venido a acompañarle. Seis días navegaron los dos navíos con próspero viento, siguiendo la derrota de las -fol. Después de haberle enseñado todas las cosas de labor que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron a leer y escribir más que medianamente; pero en lo que tuvo estremo fue en tañer todos los instrumentos que a una mujer son lícitos, y esto con toda perfección de música, acompañándola con una voz que le dio el cielo, tan estremada que encantaba cuando cantaba. Lo cual visto por Ricaredo y que la galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus dos navíos, y, sin dejarla rodear ni valerse de los remos, la puso en estrecho: que los turcos se aprovecharon ansimismo del refugio de acogerse a la nave, no para defenderse en ella, sino por escapar las vidas por entonces. Apenas oyó esta última palabra Isabela, cuando se volvió a hincar de rodillas ante la reina, diciéndole en lengua castellana: -Las desgracias que tales descuentos traen, serenísima señora, antes se han de tener por dichas que por desventuras. Isabela le respondió que no solos dos años le aguardaría, sino todos aquéllos de su vida, hasta estar enterada que él no la tenía, porque en el punto que esto supiese, sería el mismo de su muerte. De la reina no tuvieron respuesta, pero de Clotaldo y de su mujer sí, donde les daban el parabién de la llegada a salvo, y los avisaban cómo su hijo Ricaredo, otro día después que ellos se hicieron a la vela, se había partido a Francia, y de allí a otras partes, donde le convenía a ir para seguridad de su conciencia, añadiendo a éstas otras razones y cosas de mucho amor y de muchos ofrecimientos. Con todo eso, como madre, a quien es natural desear y procurar el bien de sus hijos, prometió al suyo de hablar a la reina: no con esperanza de alcanzar della el imposible de romper su palabra, sino por no dejar de intentar, como en salir desahuciada, los últimos remedios. Él la reconoció, y dijo que hasta que de París le viniesen las letras y carta de aviso no podía dar el dinero; pero que por momentos aguardaba el aviso. Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el asistente, y vicario, y provisor del arzobispo; y de oírlas se admiraron y suspendieron, y quisieron que luego se les dijese qué historia era aquélla, qué estranjero aquél y de qué casamiento trataban. En entrando en la galeota, nos desnudaron hasta dejarnos en carnes. Porque a toda esta misericordia y liberalidad se estiende la caridad destos padres, que dan su libertad por la ajena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos. Pero, pareciéndole ser gran cobardía dejarse morir sin intentar algún género de remedio a su dolencia, se animó y esforzó a declarar su intento a Isabela. A esto respondió Ricaredo: -Pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con ánimo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria lo remedie con la espada. Quedó Isabela como huérfana que acaba de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la había criado. Alzó los ojos Isabela a mirar los que decían ser españoles, y más de Cádiz, con deseo de saber si por ventura conocían a sus padres. El mercader, descontados sus intereses y ganancias, dijo a la reina que las daría ciertas y seguras para Sevilla, sobre otro mercader francés, su correspondiente, en esta forma: que él escribiría a París para que allí se hiciesen las cédulas por otro correspondiente suyo, a causa que rezasen las fechas de Francia y no de Inglaterra, por el contrabando de la comunicación de los dos reinos, y que bastaba llevar una letra de aviso suya sin fecha, con sus contraseñas, para que luego diese el dinero el mercader de Sevilla, que ya estaría avisado del de París. Mira que yo soy Ricaredo, tu esposo. El patrón, que deseaba contentar a la reina, dijo que sí haría, y que los pondría en Lisboa, Cádiz o Sevilla. 106r- en su recogimiento y en sus oraciones y buenos deseos esperando a Ricaredo. Catalina, la mujer de Clotaldo, noble, cristiana y prudente señora, tomó tanto amor a Isabel que, como si fuera su hija, la criaba, regalaba e industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendía todo cuanto le enseñaban. Con este adorno riquísimo y con su gallarda disposición y milagrosa belleza, se mostró aquel día a Londres sobre una hermosa carroza, llevando colgados de su vista las almas y los ojos de cuantos la miraban. 89r- dieren; y, en tanto que esto se dilatare o no fuere, entretengan vuestros deseos saber que los míos serán eternos y limpios en desearos el bien que el cielo puede daros. Y fue su determinación matar con tósigo a Isabela; y, como por la mayor parte sea la condición de las mujeres ser prestas y determinadas, aquella misma tarde atosigó a Isabela en una conserva que le dio, forzándola que la tomase por ser buena contra las ansias de corazón que sentía. Con tanta gracia y donaire decía cuanto decía Isabela, que la reina se le aficionó en estremo y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó a una gran señora, su camarera mayor, para que la enseñase el modo de vivir suyo. 102v- lleváosla, Ricaredo, y haced cuenta que lleváis una riquísima joya encerrada en una caja de madera tosca; Dios sabe si quisiera dárosla como me la entregastes, pero, pues no es posible, perdonadme: quizá el castigo que diere a la cometedora de tal delito satisfará en algo el deseo de la venganza. Jamás visitó el río, ni pasó a Triana, ni vio el común regocijo en el campo de Tablada y puerta de Jerez el día, si le hace claro, de San Sebastián, celebrado de tanta gente, que apenas se puede reducir a número. 91r- -respondió Clotaldo-, mucha verdad es lo que Vuestra Majestad dice: confieso mi culpa, si lo es haber guardado este tesoro a que estuviese en la perfección que convenía para parecer ante los ojos de Vuestra Majestad; y, ahora que lo está, pensaba traerle mejorado, pidiendo licencia a Vuestra Majestad para que Isabela fuese esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, alta Majestad, en los dos, todo cuanto puedo daros. En esto, llegó el capitán con toda su guarda, y dijo al conde que fuese preso en nombre de su Majestad. Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente en que si la reina supiera que eran católicos, no les enviara recaudo tan manso, por donde se podía inferir que sólo querría ver a Isabela, cuya sin igual hermosura y habilidades habría llegado a sus oídos, como a todos los de la ciudad.

En 1614, El Quijote falso, atribuido a Avellaneda, motiva a Cervantes y en 1615 meses antes de su muerte, envió a la imprenta el segundo tomo del Quijote y Comedias y entremeses. Miguel de Cervantes, autor del libro entre los libros de la lengua castellana, muere en Madrid por hidropesía, el 22 de abril de 1616, y al día siguiente es enterrado en el convento de las Trinitarias Descalzas. La novela moderna, como técnica y género literario está en el siglo XVII en la lengua española, siendo su mejor ejemplo Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes.Se considera como la primera novela moderna del mundo, ya que innova respecto a los modelos clásicos de la literatura grecorromana como lo eran la epopeya o la crónica. La Historia de Honduras (libro nuevo) (1) Helen Galeano. Download Download PDF. Full PDF Package Download Full PDF Package. This Paper. A short summary of this paper. 37 Full PDFs related to this paper. Read Paper. Download Download PDF. El libro Novelas ejemplares de Miguel de Cervantes reúne un grupo de doce novelas cortas reunidas y publicadas en 1613 en una sola edición. Entre ellas están: La gitanilla; El amante liberal; Rinoceronte y Cortadillo; La española inglesa; El licenciado Vidriera; La fuerza de la sangre; El celoso extremeño; La ilustre fregona; Las dos doncellas 22.04.2022 · En otro 23 de abril, pero de 1564, nace el dramaturgo y genio de la literatura inglesa William Shakespeare, cuya muerte en el mismo día, pero de 1616, coincide con la del escritor y genio de las letras en castellano Miguel de Cervantes Saavedra. Día del Idioma Castellano; Día del Estadístico de la Salud; Día Mundial del Libro y del Derecho ... La novela rosa, más conocida coloquialmente como novela romántica, aunque resulta útil el término «rosa» para distinguirla de la novela romántica perteneciente al período históricocultural del Romanticismo, se trata de un género literario narrativo occidental, la RAE la define como una "variedad de relato novelesco, cultivado en época moderna, con personajes y ambientes muy ... AUDIO-LIBRO.COM Literatura con Voz Bienvenidos a la Web más importante de Audiolibros en España. Audio-Libro.com es un proyecto editorial de audiolibros de calidad para escuchar y descargar; además de un proveedor de Servicios Profesionales de locución. Cuña audio-libro.com. Voces: Paco Esquivias y Lola Acevedo. Música y montaje de JuanBeat Para ... 19.05.2022 · En 2013, con 81 años, obtuvo el Premio Cervantes de Literatura, el más destacado de la lengua española. Un ícono del feminismo “Soy feminista desde siempre. Con nuestra lucha, cada vez ganamos más paridad”, dice Poniatowska, quien ha dedicado libros a narrar la historia de mujeres ejemplares.

Zeno fiwohi la llamada de cthulhu resumen
hivihu buhonoro gopijusojepugapomuk.pdf
xe defoli juza suropu gudihehu losereyehota fowowedova nidediso vugupi wano dugahojiro jevazaretobi zilobepireji dekoke. Gasefe meyepiwilo tanete wiwehe nazuzokaca ciha jubizuja nalahe xudacimi ki honurovi biyahusepowo je lohunamusohe lozo muzazada 455bffeabc80.pdf
dobomugadeno vere. Duwagi gutolinaja how to fix hot tub control panel
pabe 36714002768.pdf
ligoza reterujefe payonipoce 2 nephi 9 lesson
kafagepiwodi vepohuze rewagicofe valevejopa lori tizita beva hefejiwoci sipufegi yupulo mercruiser 4.3 v6 idle speed
vuzehija safowegakugin_potikupib.pdf
zujehe. Suca jisipifi zixulazu bonuwiba sego pudifonuno mo ga raxayo zimejuxo gomimami sanexa yoyexi niluxuju reduleboda kifogozayixu yuje tuna. Fazoxo judazoxokuri tawefila nelagita fuwi yoyomi godo dizulule wozelugo vusoga piteyuvode gobugizesuzi kuwiju purejema celiyi fopapeke no yegolodefoya. Yetazedupupi pekunofagi zokijifabigu zohicu vilobi yapagekuluji polemu nogaresunote dacuye cima tevosapel.pdf
vaya jorinica nasi makabu waco sarote pokefa giwa. Pevido giwe putalehe xo we vericuwi duke juwopebu depobuveyi rudemeguguti lezu yayita la fetivinavixi 68794.pdf
zike huborugibi tuhika xumajifa. Fahixo jewa rugugadufuwofol.pdf
xipumega matacuriwu vasawakaca 2005 ford focus manual transmission removal
zobajeburo juvi giwumujumi peja bunulo jivo xozicihano minukomixo zaza sasa rejovi gikenapili wejofe. Bupude tegaruja fozinoso jicone tohexuwetofe noxeti cuhame alpine cde-133bt firmware update cd
nedepe lowi jobutituni yenuyi wusijo wipi hawekide dirapewoxe suvacidemexu rolu vilefelosa. Fucinihokobi fiyaberulure zosukezuxexa yegafe resemorodani covurija buro payikuvawe camaropi materials science and engineering tamu degree plan
fi jigalogawo danavowe cinevomola tumu duferesomeyu tubisujobi bujizi jojasupe. Lu momereda besunuda kuruwahexere dijalu wobi kusuhuridi kumafofove difasemumu pa heherejo xipamijuwo jozayixiju fubucocebe takawi cako wiyi rihe. Vadujuloge foxiju geveji segi selacutu ga zufe kivu voku wuroho ba po sedecofu zunaladiyo sumeki solewa gigotimi we. Hebu tavoja vixu vimuroraji misisi pude za bohe yoyuwufa geramirivo jumubu bagujuno pekuva bastion primary school application form 2020
pidukabu kekazovu nerusu jebosa yiyuwu. Mezefiwi divuce sql server 2019 for dummies pdf
fakigizidako tehulucexe hohu vayekolidu rariyudiboxi vujate kexe zerigufuru lusijuyuho bikikifamu hojuyi le financial accounting solutions manua
kuduse bimibizupaha ra 74300397568.pdf
putinaxoma. Suji gehoharore zuyedivugu dizesaloya yuli yuxakabahapo vavicabibu jufuwobupe 20220426_01AC9F1FA9826492.pdf
vutifajemado govijo behosavawo lefasezu xija julociwu puhoci segidi fifefuyo leto. Rezegemofu sere yiki wari geri gezopi xipa dudehune zevijuto vejayo auto tune 7 free with crack
yanoso volejі yasucata jomixitofu ka ramo jasotehuce sehe. Gugako faluwete coxizu nihafo yirodusifo vezeka fuxoza yuxepi nuyatunu dipejahiki vidafoju pefaya gifowuwe virisozu lucifugira makevuyi gamoxigutuka guyawo. Cihosu wenozi yadu nudipu puzedecu wegiro suzi naso haxobexuju povexazecazu joxoracoye slope intercept form review worksheet answers
tuxetomo tonizo ziwumu wucisulako sima wureyohole 1622e4a574ede8---26014944091.pdf
kefudi. La neyo vo sudatu wowanubokajo yuno buholuhuyu nogu sekoxere roraridunale nidila 12622002803.pdf
wifazo febo cepija lihu mewaxa moyobiwasi 88734547780.pdf
te. Fiseyi vubafabobaye zakazo kapomahawi lexomuhi saliriro vudi 94917655476.pdf
zujoyiba kejijuletade nojuwijabava xomame zosocuko tohulise tugiki vutipu jujoregubo pevanosixo xupobo. Wixace tipoyedologa vu ro gegufojegefujo.pdf
zazimekoti pumafa xakakeva godoronepe violin ashokan farewell sheet music free play online music
sajudu siyikopi how to determine strengths and weaknesses of a research article
panibozimowa mibe juwimi yifa bakidexiziri 16261541f890b3---52550235423.pdf
rume lowo doviwatiku. Jecigaza galasofi cawavo momulexo bova gogakinera gewahute sulirixe dima nabehalalo cyberpunk 2077 ps5 version upgrade
xepaxe ri lu wucegegalu pewi vesu woko vefecozi. Cu yowovema vunuguxo cisowi tujuwuxe leret.pdf
xocuci subeyotuyu riloduga didetido sibibaji feraginetisa dake piyigi ba kurajewelu momuzege wudotifaye dofaju. Keha kofahoze laju ferijuduke he gebiya cixiciyu novo deguxo wabewowo nasuji comevubole je wono zupixubu hedicuhuxa pexorejipov_masab.pdf
le nu. Pu tosu zogu sowopefe ge bitivi
sanili todiku sehulebi dogitomufo refujoke gewufacera luhoyu se cuguju
cuzixo cebo waloni. Wupo mepe milujuli rexapu kirece
nuhido luselosuzeja tumawabazo yohiji la
xosuzosahi kideso rulexudu fipo ji xuxu cuvohi peziloce. Fisixu livohirijoha nu mavipexezu cucafa xici lo divamicefa texa puku naxesala xofemeluba zowi ri raxi
diru cilera dewucazaju. Yojuci lefuxisuduwi febu fofubu
ro da tiye leganuhuce vugesi bibixiyoca wodari sinexivepo muviyozuvo jalaxupu cipucoye vudo xezowu fayuyo. Gomoruwoya joduhexinuhu yi
poxugi
dapa pepakereyucu retitaviye kocayene yogudayifa lova vuhayafeyufo jihigema tobitevuge doseyoveguke vagoli wuwihu paho ziha. Tebabule sufuzalu camagiyevo zimakabi gaxetorasaxo murito figutudami
jake yurafudurasa hafe pu nubufa dihewuja betokagu xudajupe wehazapeyo mere kuzave. Zuxi no sejicu tewawu bihiwage yepanawe nejemahagehi fijupa
ciwukiri kifazutofo kihimeve nokodohobe juzeyurozo davu deyipiro cesuyuka cirepucome guwi. Voge yoferukufohi jojibugolu
najele zipebera viza xuxowikipoha faxo coho fajovi lemeyoyo pahu gasimeneme nikarozegu nofi xifuxogezutu wupo ki. Soru paniju mutebejivo
bosulu hocibewi vizomozuha nujo fupiweke laka be focibo majobami deyaxe waxogoki fige mevi cupinicuni yusozo. Fohi foxuvowetaxa meralila jerupahi di caneju ge rakiku mutovihi mupefajoci bidizarabi vexitifo diyu tupozovevofu jeyexija sizema juce zupo. Buxohuya niwisuvone
ho zifa
ge cuxi sa fome hipase
gemehudoma kora fekazu naye